



LA ESPAÑA MÉDICA,

IBERIA MÉDICA Y CRÓNICA DE LOS HOSPITALES.

PERIÓDICO OFICIAL

DE LA HOSPITALIDAD DOMICILIARIA Y PROVINCIAL DE MADRID, DE LAS ACADEMIAS MÉDICO-QUIRÚRGICA MADRILEÑA Y QUIRÚRGICA CESAR AUGUSTANA,
DEL CUERPO MÉDICO-FORENSE Y DE LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA DE PROFESORES DE CIENCIAS MÉDICAS.

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES
Los suscritores por un año tienen el derecho de señalar el mes en que han de verificar el pago.
Los números sueltos se venden á DOS rs.

PRECIOS DE SUSCRICION (pago adelantado).

MADRID.	PROVINCIAS.	ESTRANJERO.
Un trimestre . . . 12 reales.	Un trimestre . . . 15 reales.	Un año . . . 80 reales.
Un semestre . . . 24	Un semestre . . . 30	AMÉRICA, FILIPINAS.
Un año . . . 48	Un año . . . 60	100 160

Se suscribe en Madrid en la Redaccion, calle de Jardines, 20, 3.º de la izq., y en la libreria de Bailly-Bailliere, y C. Moro y Compañia. En provincias en casa de los correspondientes ó por carta á la redaccion.

SECCION PROFESIONAL.

LA ESPAÑA MÉDICA.

Puerto Rico.—Medicina forense.

No sin cierta satisfaccion he visto en la prensa médica de la península la organizacion del *Cuerpo médico-forense*, gracias á los laudables y constantes esfuerzos de los profesores. Por fin han visto realizado uno de sus primeros deseos, que, si no ha llenado completamente las esperanzas que se concibieron, porque ciertamente no ha sido interpretado fielmente el gran pensamiento de toda la clase, es al menos un paso que ha de conducir por el camino de la práctica y de la experiencia al término de las aspiraciones generales. Por hoy conténtense nuestros compañeros de allende del Océano; observen la prudente reserva que con tanto acierto como tino se han impuesto tácitamente, que día y ocasion se presentarán en que, apoyados en los felices resultados que tan nuevo arreglo ha de reportar á los tribunales de justicia, al mismo Gobierno y á la sociedad, puedan hacer ver las reformas que la observacion ha venido haciendo necesarias é indispensables para el mejor y más cabal servicio del mismo. Entre tanto, á los médicos que sean nombrados para tan delicado y precioso cargo les compete el hacer ver la utilidad é importancia de organizacion tan escelente, y elevarla con su aplicacion, con su celo y poseidos de esa dignidad propia de nuestro ministerio,

al alto concepto que se merece. Es preciso conocer que si los magistrados, y los mismos gobernantes y algunas personas ilustradas y sensatas, han podido comprender sus ventajosas consecuencias, los pueblos en su mayor parte la juzgarán, en su ignorancia, de una manera poco favorable, y de gran conveniencia es, por lo tanto, hacerles ver el error funesto en que se encuentran, por medio de hechos y apreciaciones en las cuestiones médico-legales, no apartándose jamás de la verdadera senda de la justicia y de la razon, modo único de que varíen de opinion y se persuadan de que el Gobierno de S. M., al llevar á cabo semejante medida, no ha tenido otro objeto que mejorar la práctica de los tribunales en beneficio de la nacion. Con este laudable y moral proceder no puede dudarse de un feliz éxito dentro de muy corto tiempo, y será uno de los apoyos que más contribuirán en adelante á la consideracion de la clase por parte de esa gran mayoría de la sociedad que todavía no ha sabido interpretar ó conocer el brillante papel que el médico está llamado á llenar, debido desde luego al estado de abandono en que hasta el presente le han tenido los gobiernos y aun los mismos tribunales y demás autoridades.

Pero ¡ay! que es por demás doloroso que cuando las clases médicas de nuestra amada patria empiezan á sentir la benéfica influencia de una justa y equitativa proteccion, tantos años há merecida por sus desvelos y servicios; que cuando ramo tan importante y trascendental de la administracion como es el de médicos foren-

ses, va á inaugurar sus trabajos bajo un plan fijo y uniforme, por el que los profesores percibirán en todos casos sus correspondientes honorarios, tantas veces perdidos, los facultativos de Puerto-Rico, y acaso todos los de ultramar, nos veamos postergados y sufriendo las consecuencias de un total olvido en cuestion como la de que hablamos.

Bien comprendo que las circunstancias especiales del pais, bajo cualquier concepto que se le mire, hace indispensable tambien un arreglo especial, determinado; en esto estamos muy conformes, y tanto, que obrando de otra manera seria el más completo absurdo que estaríamos los primeros en reprobar altamente. Pero de esta conducta á la que observamos, por desgracia, hay una distancia que no tememos de llamarla poco razonable y hasta censurable en sumo grado. Y tanto más nos afecta proceder de tal índole, en cuanto hace poco tiempo nos hallábamos mucho mejor que en la actualidad, una vez que en todas las actuaciones judiciales que interveniamos nuestros honorarios eran satisfechos exacta é inmediatamente por los fondos municipales. Pero gracias á los informes de la junta médica de esta isla, toda ella constituida por profesores médicos, que á cada paso está dando testimonios irrecusables de consideracion y justicia en las cuestiones que les son sometidas; merced á sus desvelos y sacrificios en proteger la moral médica, que á tanto altura se encuentra entre nosotros, con gran satisfaccion de los verdaderos facultativos, y el espíritu de compañerismo y fraternidad

que de continuo les anima, esos derechos, esos honorarios devengados despues de grandes fatigas é incomodidades, han quedado desde enero del año anterior á la espera de imposicion de costas con todas sus consecuencias.

Consideren, pues, nuestros compañeros de la Península si aquí nos esforzamos en seguir el ejemplo que ellos nos están dando, y sin poder prometernos seguros adelantos bajo la égida que tenemos. Y vean tambien cuántos obstáculos existen para que se presente á la mente del Gobierno la idea de un arreglo médico-forense, que si en todas partes se hace conveniente é indispensable, aquí, por las condiciones especiales en que se hallan los pueblos, huérfanos muchos de facultativo, aparte de las dificultades con que se tropieza en no pocas ocasiones para hallar uno que atienda lo antes posible á las actuaciones judiciales, son sobrados motivos para pensar en una mejora de tanta trascendencia.

¡Cuántas veces actos tan delicados y que tanto conocimiento requieren para desempeñarlos regularmente, se han visto las autoridades en la dura precision de encomendarlos á personas que ni aun un hospital han visitado!

Por estas poderosas razones se echa de ver á simple vista lo apremiante de la institucion de un cuerpo como el que acaba de constituirse en nuestra España, salvo las modificaciones que en grande escala deberian introducirse. Mas hasta que esto pudiera llevarse á efecto, vuelvan á satisfacerse como antes los honorarios de los médicos que intervengan en trabajos tan penosos y delicados. Esto es lo lógico, lo natural, y lo que en dos diferentes veces he suplicado á este superior gobierno, segun se verá por la instancia que integro transcribo, sin que hasta el presente se trasluzca en lontananza una pequeña esperanza; aun cuando algo debemos confiar en la ilustracion y buenos deseos del señor Messina en favor de la isla.

Excmo. Sr.:

El que suscribe, licenciado en medicina y cirugía por la Universidad central de la península y médico titular de este pueblo de Fajardo, á V. E. reverentemente espone: Que en 5 de agosto del anterior año, acompañado de otros profesores, tuvo el honor de elevar ante la consideracion de

ese Superior Gobierno una atenta esposicion, en que de una manera clara y circunstanciada se hacia ver la necesidad de llevar cuanto antes á efecto el proyectado arreglo de la sanidad civil, para remediar no pocos males en ramo tan interesante de la administracion, cuyo estado en la actualidad no se halla á la altura que las circunstancias particulares del pais y el desarrollo de la ilustracion exigen.

Entre los principales puntos que aquella abrazaba —de la cual el esponente suplica á V. E. se digne enterarse— uno de ellos correspondia á los derechos adquiridos por los facultativos en actuaciones judiciales. Reclamaban, en su humilde concepto con harta razon, acerca del artículo 4.º de la circular núm. 12, de 24 de enero de 1861, en que se dispone: «*que los honorarios devengados por reconocimientos, autópsias, curaciones y cualesquiera otras operaciones y diligencias por disposicion de las autoridades, sean percibidos á su tiempo si hubiere imposicion de costas, sin que los municipios sufran este quebranto en concepto alguno, ni aun por via de anticipo;*» aboliendo en consecuencia la del 16 de agosto de 1854, que venia rigiendo, y ordenaba la satisfaccion inmediata de aquellos con cargo á los citados fondos municipales.

Semejante medida, como V. E. comprenderá en su preclara inteligencia, ha lastimado desde luego de una manera muy atendible los intereses profesionales en unos trabajos los más delicados y penosos, porque es bien sabido que ya por insolvencia ó por no haber imposicion de costas, en la mayoría de casos dejan de percibirse. El Gobierno de S. M. penetrado de esta gran verdad, y animado en pró de la justicia y de la equidad, contribuyó muy particularmente para que en la ley de sanidad de 1855 se tuviera presente la remuneracion de unos servicios tan necesarios como importantes, y así quedó consignado en su art. 79. Mas no satisfecho con tan laudable y lógico proceder, calculando la alta importancia de la medicina legal, su gran objeto y vastas aplicaciones, y la necesidad de que sea desempeñada por ilustrados profesores que garanticen el fallo de los tribunales, con fecha 15 de mayo último llevó á cabo la organizacion de un servicio que tan felices

resultados ha de proporcionar á la sociedad, y por la que los facultativos serán considerados en la forma que se merecen.

Ahora bien, Excmo. Sr., si en la Península se ha procedido de una manera tan digna y elevada como justa con las clases médicas; si el gobierno no ha podido prescindir de atenderlas en uno de los ramos más áridos y trascendentales de la práctica; ¿será posible que los médicos residentes en estas Antillas, prestando tales servicios, con mayores incomodidades y sinsabores, y con más esposicion de su salud, se vean menos apreciados? ¿No repugna á la sana razon y á la rectitud de una buena conciencia, que individuos de una misma familia, con los mismos años de carrera y con idénticos sacrificios y penalidades, sean mirados y tratados de diversa manera bajo un mismo gobierno? Si ha habido fundamento para obrar en la forma que se ha hecho con los profesores de la Península; si sus quejas exhaladas, uno y otro dia, impresionaron justamente el corazon de los gobernantes hasta el punto que notamos, ¿con cuánto más motivo, Excmo. Sr., deberán ser considerados los que abandonando sus más caras afecciones y traspasando ese inmenso Océano con esperanzas de un porvenir desahogado, vienen á un clima tan perjudicial á ejercer la difícil ciencia de Esculapio, donde acaso hallan no pocos disgustos, enfermedades y hasta la misma muerte? Estas y otras reflexiones que se omíten por no molestar más la atencion de V. E. pero que no es posible escapen á su alta penetracion, las conceptúa muy poderosas el que suscribe para suplicar

A V. E. las tome en consideracion, y en su virtud disponga cuanto en su recto juicio estime conveniente, para que los profesores de las ciencias médicas residentes en Puerto Rico, sean remunerados dignamente en cuantos casos judiciales intervienen, segun y como se ha venido haciendo durante estuvo observándose la circular del 16 de agosto de 1854. Gracia que espera conseguir de su notoria rectitud y leales intenciones, y por lo que la clase médica le vivirá eternamente reconocida.

Fajardo 21 de agosto de 1862.

Ignacio Gomez Moya.

SECCION CIENTÍFICA.

TERAPÉUTICA.

Acción terapéutica del fluido eléctrico en en las enfermedades internas.

(Continuación.)

De la hiperestesia.

La etimología caracteriza perfectamente la hiperestesia que significa aumento de sensibilidad. Al aceptar esta definición, admitimos dos especies de sensibilidad susceptibles de exaltarse, á saber, la cutánea y la muscular ó profunda: ambas pueden hallarse aisladas ó combinarse.

Hiperestesia cutánea. La exaltación de la sensibilidad cutánea dá lugar á esta que puede presentarse de dos distintos modos, ó espontáneamente ó á beneficio de los escitantes que obran sobre la piel. Algunos quieren hacer distinción entre estas dos variedades llamando dolor á la primera ó hiperestesia á la segunda, pero nosotros juzgamos inútil conservarla. La hiperestesia varía mucho de intensidad: cuando es poco considerable apenas constituye una ligera incomodidad; cuando es violenta suele ir acompañada de vivos dolores, de gritos, agitación y aun síncope al menor contacto.

Algunas veces es fija, otras movable y variable, apareciendo ya en un punto ya en otro. La hiperestesia puede ser el único fenómeno morboso, pero en otros casos vemos que se desenvuelve al mismo tiempo que la anestesia, ó se suceden y sustituyen una á otra, ó se presenta en unos puntos del cuerpo la una y en otros la otra. Pero esto puede variar coincidiendo la hiperestesia cutánea con la muscular, puesto que la primera coincide con las neuralgias y la segunda con el histerismo. Pocas veces suele ser la hiperestesia el síntoma de una lesión material del cerebro ó de la médula espinal; pero es cierto que alguna vez se ha observado este hecho en la meningitis cerebro-espinal epidémica: casi siempre la hiperestesia es uno de los síntomas tan variados, tan fugaces y al mismo tiempo, tan numerosos del histerismo: en esta gran neurose es donde mejor podemos estudiar las variedades de asiento, intensidad y carácter de este síntoma.

La hiperestesia suele aparecer al mismo tiempo que las crisis nerviosas de la epilepsia ó es su consecuencia, y puede también ser en individuos de temperamento nervioso su accidente esencial local, en cuyo caso se halla caracterizada como en el histerismo. No es necesaria la electricidad para estudiar la hiperestesia, pues es bien sabido que toda la elec-

trización cutánea tiene por fin aumentar el dolor de la piel. Pero esta no es la cuestión: lo que importa saber es si hay ó no posibilidad de curar la hiperestesia por medio de este agente.

Si queremos aplicar la electricidad cutánea por medio de una escobilla metálica, procederemos del modo siguiente: se coloca en una de las manos del individuo una esponja mojada y unida á la estremidad de uno de los reóforos, y el operador toma en su mano una escobilla metálica procedente de la estremidad del otro reóforo, y procurando aislarla de su cuerpo, la pasea por todos los puntos que quiere electrizar: el primer resultado de este modo de aplicación es un aumento momentáneo del dolor, el cual puede crecer á medida que se haga durar más la electrización; con todo no debe pasar de cinco á diez minutos. En algunos casos no se presenta este efecto, pero en otros, los enfermos se agravan y la hiperestesia aumenta: las menos veces disminuye ó desaparece esta por completo. Debemos, pues, mirar esta medicación como un medio infiel contra la hiperestesia. Se nos dirá cuando aprovecha, ¿cómo se explica su acción? ¿Debemos acudir á la acción sustitutiva? Esta palabra es la que mas debe satisfacernos, por que el método hipostenizante no es aplicable en estos casos, y los numerosos experimentos hechos por los electrizadores, demuestran que no ha sido posible obtener la anestesia por medio de la electrización cutánea. Además hay medios mas sencillos y menos dolorosos de curar la hiperestesia: indicaremos con rapidez las compresas húmedas empapadas en éter sulfúrico que en tantas ocasiones aprovechan; las aplicaciones de agua fria; las duchas también frias, la hidroterapia, etc., reservando la electrización cutánea para los casos en que no surtan efecto las diversas medicaciones indicadas. Es de advertir que con esta última medicación no suele conseguirse alivio en las primeras veces, sino que es preciso continuar por varias sesiones en el empleo de este medio y no aplicarla sino en los casos de hiperestesia esencial ó histérica.

Hiperestesia profunda muscular. Con este nombre comprendemos los dolores musculares esencialmente nerviosos é independientes de toda otra enfermedad. Los dolores profundos aparecen en gran número de enfermedades generales, en las fiebres simples ó pestilenciales, en la infección purulenta, etc., bastando en muchas ocasiones la simple existencia de un pequeño movimiento febril para su desenvolvimiento. En el reumatismo, en la intoxicación saturnina y en la sífilis se presentan también de este género: podríamos aumentar los ejemplos, pero nos limitamos á estos para demostrar que no es de estos dolores de lo que nos vamos á ocupar:

Bajo el título de hiperestesia muscular entendemos los dolores que se desenvuelven en el histerismo, los de los estados nerviosos propiamente dichos, los nerviosos esenciales, que no deben confundirse con los neurálgicos. Estas hiperestesias presentan las mayores variedades bajo el punto de vista de su intensidad, asiento, forma y caracteres, y si bien no nos corresponde hacer un estudio de todo esto, si nos interesa saber la acción curativa de la electricidad. Puede aplicarse esta de dos modos, á saber, electrización cutánea é hipostenización.

Electrización cutánea. Este método es el revulsivo y que ya hemos descrito: cura muchas veces los dolores nerviosos intensos en razón al dolor y congestión sanguínea que, como doble derivación, se produce en la piel. No tenemos inconveniente en admitir sus buenos resultados, si bien recordando á nuestros lectores que esta medicación puede fallar algunas veces, es muy dolorosa y puede aumentar la intensidad del mal; que es necesario emplear gran número de sesiones, y que existen ciertamente otros medios menos crueles y que pueden servirnos en tales casos.

Hipostenización. Cuando queramos practicar esta, debemos hacer circular las corrientes de inducción enérgicas en diversas direcciones del miembro dolorido, continuándolas por algun tiempo para producir la anestesia muscular. Becquerel manifiesta no haber obtenido resultados satisfactorios. Veamos el éxito de dos recientes experimentos. Un hombre de 57 años de edad, padecía despues de un año, dolores musculares profundos que nada tienen de reumáticos ni de sífilíticos, en la pierna derecha, dolores que le molestaban mucho impidiéndole la progresión: se le aplicaron dos sesiones sumamente enérgicas, y si bien los dolores cesaban por el pronto, volvían á las dos ó tres horas: el enfermo no quiso continuar su uso y salió del hospital sin estar curado. El otro caso se refiere á una mujer de 41 años, afectada de idénticos dolores en la nalga izquierda, y á pesar de seis sesiones de electricidad no se pudo conseguir su desaparición. Estos dos hechos son insuficientes para formar todavía un juicio definitivo acerca de la conveniencia de la electricidad en la hiperestesia muscular.

Vamos á hablar de la disminución ó abolición de la sensibilidad general y de los órganos de los sentidos, comprendiendo en este caso las parálisis de sentimiento, la analgesia, la parálisis de sensibilidad cutánea ó anestesia propiamente dicha, la de sensibilidad muscular profunda y la de los órganos de los sentidos, puntos intrincados acerca de los que pueden presentarse interesantes ideas.

(Se continuará.)

L. de Macedo.

FILOSOFÍA MÉDICA.

Una aclaración.

La gratitud obliga; y para corresponder en cierto modo á la benévola acogida que dispensa á mis pobres producciones el estimado profesor Sr. Vinader, véome en la precisión de aclarar algunas ideas, ó mal interpretadas por aquel, ó espuestas de tal suerte que no he logrado hacerme entender. Presumo que sea esto último.

Comenzaré de cualquier modo recordando el epígrafe tomado de Sydenham, en el cual se consigna terminantemente que el estudio de la historia de las enfermedades es de una inmensa utilidad para la práctica de la medicina.

Quien haya leído cuidadosamente mis artículos sobre la inflamación; quien lo haya hecho de algunos otros sobre la manera como obran los medicamentos, habrá comprendido que, ya sea por la educación que he recibido ó por mi carácter, doy más importancia, muchísima más, al estudio de los hechos en sí que al de las relaciones que esos mismos hechos tienen con sus causas; es, pues, decir que acaso pongo más á menudo en juego mis facultades perceptivas que las reflexivas, ó en otros términos, entre ser empírico ó sistemático, prefiero lo primero.

Esto, sin embargo, no obsta para que, si el asunto lo permite, desde el particular, desde la *autopsia*, empleando el lenguaje de Serapíon, primero que dió forma al empirismo, procure elevarme á lo *general*, á lo que propiamente constituye la ciencia.

Pero entiéndase bien que no soy partidario de los sistemas, que repugno instintivamente las hipótesis; diré la razón. Desde mis primeros pasos por el intrincado laberinto de nuestra ciencia, llamé extraordinariamente mi atención la circunstancia de que por todos y cada uno de los que trataban de aquella había conformidad en ciertos y determinados puntos, mientras que discrepaban lastimosamente en algunos otros. Estudio más y más, y encuentro siempre que en lo puramente objetivo no puede darse mayor concordancia de la que existe entre todos los buenos observadores, desde Hipócrates hasta los de nuestros días. Había necesidad, empero, de dar cohesión y enlace al inmenso cúmulo de hechos esparcidos; colosal empresa esbozada apenas en Coos, y que sin embargo de los siglos que han trascurrido y de los privilegiados talentos que se han esforzado en llevarla á cabo, no ha dado origen á otra cosa más que á algunas leyes generales del organismo, aunque sin dependencia mútua, y de consiguiente sin que de ellas pueda formarse un cuerpo de

doctrina verdaderamente tal. Es de advertir también que antes de haber definitivamente formulado alguna de estas leyes generales, comprensivas de un número de hechos mayor ó menor, se ha recurrido á las hipótesis, razonables unas, y otras, las más, desluidas de fundamento lógico. De un conjunto de hipótesis, enlazadas muchas de ellas con la mayor armonía, proceden los sistemas conocidos hasta hoy en día. Por este último concepto es de ver cómo discrepan, y cuán distinta significación tienen los mismos hechos, según que sean apreciados bajo uno ú otro punto de vista.

Resumiendo; hay en medicina infinito número de variedades objetivas; el de las sugestivas es bien escaso: por esto soy yo empírico, pero en el sentido razonable, entiéndase bien. Diré más; con el ansia misma que los judíos esperan un Mesías que no vendrá, porque ya vino, espero yo á uno de esos genios, de quienes tan avaro se muestra el Criador, capaz de dar forma al cúmulo de hechos esparcidos, capaz igualmente de elevar la ciencia al rango de tal.

Yo no dudo que sucederá esto, porque confío en la perceptibilidad humana; pero también diré que espero muy poco de toda doctrina médica cuya base no sea el estudio del organismo y las leyes por las cuales se rige; este se compone de alma y cuerpo, y solo por incidente se ocupa de aquella el médico; la considera como real, y por la fé y por la razón demuestra su existencia; pero estas consideraciones incumben á los metafísicos más directamente, y por lo general el médico se ocupa solo de la materia organizada y viva, y sobre ella con especialidad recaen todas nuestras disputas.

Se comprenderá por lo espuesto, y así es la verdad, que no son muy de mi agrado las concepciones psíquicas de los modernos Sthallianos, como no lo son igualmente muchas de las creaciones ontológicas de la escuela de Montpellier; doctrinas una y otra las más en boga y que más partidarios cuentan, si hemos de creer lo que algunos pretenden. Para no pensar como estos tengo una razón que es muy principal; no les entiendo; ese *pilorus rector*, y la tonicidad, y la contractilidad, las fuerzas radicales del organismo y tantos otros pretendidos factores de la vida, me marean; mi pobre imaginación, sobradamente obtusa, no alcanza á comprender todo esto. Lo que sí comprendo perfectamente, y esto porque á cada momento puede probarse, es que la materia viva tiene de común con la que no lo está, el componerse de unos elementos mismos, siquiera en la materia organizada estén reunidos de un modo que le pertenece exclusivamente; razón por la cual su sustancia difiere también esencialmente de la materia

orgánica: comprendo igualmente, y esto porque lo veo y lo palpo, que la materia viva y la no viva, organizada ó inorganizada, está sometida á la acción de unas mismas fuerzas, aunque por circunstancias especiales, muchas de las cuales han caído ya bajo el dominio de la observación y son por lo mismo perfectamente comprensibles, por estas circunstancias, repito, parece como que aquellas fuerzas se hallan modificadas, y que producen efectos particulares.

Es, pues, decir que si el estudio de los hechos merece en mi concepto una atención grandísima cuando es llegado el caso de elevarse á concepciones generales, me parecen más aceptables las de la escuela organicista que las de otra cualquiera; me inclino más por las ideas de Burdach y de Lievig en fisiología; por las de Bouillaud, Rostan y Velpeau en patología; por las de Asuero, Bouchardat y Mialhe en terapéutica; y finalmente, por las doctrinas médicas físico-químico-vitales del Dr. Mata, sin otra razón que la de entender lo que quieren decirnos, sin que por esto se crea que yo acepte sus opiniones sin restricción alguna.

Es verdad, no obstante, que me coge de medio á medio el dictado de *brutalista* (porque eso sí, para dar nombrados á las cosas se pintan algunos maravillosamente) con que se ha dignado bautizar un señor médico de Sangüesa á toda una escuela filosófica esbozada por el brutalista Thales de Mileto, uno de los siete sabios de la Grecia, y que ha sido cultivada posteriormente por infinito número de hombres célebres, algunos de ellos santos, á quienes venera nuestra madre la iglesia; y por supuesto, todos brutalistas. Como se vé, estas frases ditirámicas no pasan de ser genialidades de algunos mal avenidos con todo el que no piense de una manera idéntica á como lo hacen ellos. Para estas ocasiones lo mejor es repetir aquello del Dante: *non ragionar di forma quando, è passa*.

Puede preguntármese, y no sin razón acaso, que á dónde voy á parar con esta digresión. Voy á contestar inmediatamente. Al escribir la historia de la inflamación, y en particular la de la pleuropneumonia, he consignado algunas observaciones de mi práctica particular, y hecho varias reflexiones conducentes á mi propósito de ilustrar en cuanto me fuera dable esta cuestión, que, sin género de duda, es importantísima para el médico, por la frecuencia con que en la práctica suelen hallarse enfermedades flogísticas. Continuando, sin embargo, en la exposición de mi trabajo era de ver que llegaría el caso de ocuparme, siquiera lo hice someramente, de los cambios orgánicos originados mientras el curso del mal; y como en este respecto mis observaciones son muy escasas, como, por

otra parte la estechiología apenas se cultiva en nuestra patria (1), hubo de limitarme á copiar de Hugo Bennett sus observaciones sobre la materia; observaciones, creo yo, las más aceptables en el estado actual de la ciencia.

Es el caso, no obstante, que para este observador el primer fenómeno apreciable en el curso de la inflamacion es la contraccion del tegido capilar en el punto flogoseado. Pero, ¿á que se debe esta contraccion, este *resserrement*, como dicen los franceses? Hugo Bennett dice que es un resultado de la *fuerza tónica* del mismo tejido, y por esto semejante efecto no es mecánico, ni químico, es enteramente vital.

Esta explicacion será muy comprensible para algunos; yo, vuelvo á repetirlo, no la entiendo. Me afano por entender qué será esta fuerza tónica, y no lo consigo. Soy en este punto de la opinion de Burdach, corroborada por la de Mota, y me parece que la imaginacion de algunos autores se complace demasiado en la creacion de seres fantásticos para buscar la causa de fenómenos que son producidos evidentemente por las mismas causas que presiden al desarrollo de la naturaleza universal.

Y bien; la electricidad como causa, y acaso como efecto de otra causa primera, influye, á no dudarlo, en la produccion de varios fenómenos orgánicos. Averiguar el mólo como se ejerce tal influencia es avanzar por el camino de la observacion, y enlazar los hechos no con seres ficticios, sino con causas reales y efectivas, vale otro tanto como dar ensanche á la ciencia. Hé aquí, pues, la razon de que yo juzgue muy interesantes los trabajos del señor Vinader; tienden á considerar el organismo como yo entiendo que debe serlo; incitan á otros en la comprobacion de los hechos que él mismo presenta. Yo, entre tanto, médico pura y esencialmente práctico, gasto mi tiempo todo viendo las enfermedades junto al lecho del dolor, aguardando que otros más competentes para esta clase de trabajos me digan si es que con efecto se ajustan á la verdad, y qué debemos aguardar de ellos.

Concretando la cuestion. Yo creo que hay aumento de fibrina casi siempre que existe una inflamacion medianamente intensa y estensa. Diré más; lo creo así por haberlo encontrado muchas veces empleando el sencillísimo procedimiento de Andral y Gabarret; el aumento de fibrina no es, sin embargo, causa de la inflamacion; basta decir que puede existir esta sin aquel; es, pues, un efecto de otra causa; ¿cuál es esta? Lo ignoro. Conste como quiera que en el curso de la inflamacion

hay otro fenómeno que precede al preternatural desarrollo de la fibrina. Ahora bien; con el ánimo de avanzar en este terreno y explicar el hecho en cuestion, se ha supuesto que la fibrina escedente en las inflamaciones era la albúmina de la sangre que se convertia en aquella bajo la influencia de un principio ácido, atribuyendo otros el desarrollo de este ácido á la electricidad.

Hé aquí, pues, la explicacion del hecho; pero explicacion que en mi concepto no debe considerarse como tésis, y si únicamente como una hipótesis muy ingeniosa, siquiera en la produccion de los fenómenos únicamente figuran las fuerzas que obran sobre la materia en general, siquiera produzcan diversas modificaciones por la especialidad del sugeto en quien se ejercen. He aquí tambien cómo comprendo que deben ser apreciadas hoy las aserciones del Sr. Vinader como una hipótesis ingeniosa, y es precisamente lo que dije en el artículo á que hace referencia.

Entiéndase bien que yo no he querido atribuirle ideas que no sean suyas; quise decir entonces, y a hora lo repito, que me parecen interesantísimas sus consideraciones sobre la influencia de la electricidad en el curso de la inflamacion, y esto porque tienden á demostrar una cosa evidente para mí; es á saber: que el calórico y fluido eléctrico, agentes naturales, producen una série de modificaciones orgánicas malamente atribuidas á otro género de influencias, cuya existencia real no se encuentra más que en la mente de sus autores. Porque ello es la verdad que conforme la observacion va ensanchando los límites de la ciencia, los entes de razon, de quienes se ha hecho un abuso lamentable, van cediendo el campo á otras teorías menos destituidas de fundamento; y allí donde antes no habia sino tinieblas, comienza á dejarse ver la aurora de otro nuevo, y acaso mejor dia.

Creo que el Sr. Vinader habrá comprendido perfectamente en qué concepto supongo yo que sus apreciaciones son de un porvenir inmenso. Escudriñando, como él hace, los más íntimos fenómenos orgánicos, y refiriéndoles á una causa que es abonada para su produccion, se darán á conocer acaso hechos atribuidos á los astros unas veces, ya, y esto es lo más comun, á seres ontológicos, con los cuales se nos aturde casi diariamente. Siguiendo el camino de la observacion y discurrendo sobre esta base, se llegará, de no dudarlo, á la perfeccion en cuanto sea dable; yo entreveo este brillante dia, y la marcha del espíritu humano en esta segunda mitad del siglo XIX es muy abonada para conseguirlo.

En lo demás, y no siendo mi ánimo reproducir ahora lo que en ocasiones anteriores tengo dicho por lo que respecta al tratamiento

de la pulmonía, me limitaré á consignar que en esta materia no pienso del mismo modo que mi apreciable comprofesor el Sr. Vinader. Yo no sé yugular una inflamacion como ha pretendido hacerlo la escuela fisiológica. Es más, nunca he visto que se haga esto por intermedio de la sangría; lo que se yugula es una plétora general ó la congestion parcial de un órgano, pero jamás el proceso flogístico, porque este no se termina sin haber el órgano afecto experimentado varias modificaciones ó cambios morbosos, entiéndase bien, pero que no dejan por esto de ser menos indispensables para que la enfermedad se juzgue definitivamente.

No quiero terminar esta aclaracion sin haber manifestado al Sr. Vinader mi gratitud profunda por las cariñosas al par que lisongeras líneas dedicadas á mis tareas literarias, en mérito escasas, pero ricas en la intencion de contribuir con mi pequeño óbolo al alivio y á la curacion del hombre enfermo; ricas igualmente en el deseo de ir atesorando materiales que podrán muy bien llegar á adquirir forma bajo la poderosa direccion de uno de estos genios, á quienes Dios en su inmensa sabiduria ha concedido el poder de generalizar con fruto las observaciones particulares que nosotros vamos atesorando. Verdad es que aquel no prodiga seres semejantes, que hasta se muestra avaro de ellos; pero, lo repito, yo tengo fé en la perfeptibilidad humana, y esta será. No sucederá, empero, sin que hayan precedido muchos siglos de observacion, y muchísimas luchas entre las diversas escuelas y los diversos hombres que no profesan las mismas ideas, siquiera todos apetezcan la verdad, aunque la buscan no por el mismo rumbo.

Así las cosas es natural, casi lógico encariñarse por aquello que más se nos aproxima, y rechazar lo que por el contrario es antitético de nuestro modo de pensar; y por esto yo no extraño que en nuestras discusiones la razon, que debiera brillar siempre, se vea muchas veces supeditada á la pasion; por esto igualmente el Sr. Vinader, que tiene afortunadamente dotes para ello, no debe en manera alguna retraerse de enseñarnos lo que su observacion le haya enseñado, y las deducciones que por este camino haya obtenido.

En lo demás, y finalmente, tambien yo tendria un placer inmenso en abrazar con toda la efusion de mi alma al Sr. Vinader: hasta que nuestras respectivas ocupaciones me permitan esta satisfaccion cuente con mi amistad que es sincera, y acompañada del deseo de que su nombre brille á la par del de algunos médicos españoles, que para honra y prez de esta noble nacion que nos ha dado el sér, trabajan por los adelantos de la ciencia con incansable afan.

Julian Herrero.

(1) No es mi intento acriminar por ello á nadie; únicamente consigno el hecho de que el microscópio y los reactivos se consideran generalmente como muebles de puro lujo.



VARIEDADES.

Vindicacion de las obras científicas y literarias del Doctor Mata.

El *Pensamiento Español* ha publicado tres artículos con el epígrafe: *Testos vivos*.—Don Pedro Mata, firmados por Francisco N. Villoslada. En esos artículos se pretende probar que mis obras *Tratado de Medicina legal* y *Compendio de Toxicología*, declaradas de texto por el Gobierno, premiadas por el mismo, oído el Consejo de Instrucción pública, y adoptadas en todas las Universidades del reino, ya mucho antes de esa declaración, y que algunas otras obras mías científicas y literarias son censurables por su doctrina anti-católica, materialistas, impías, funestísimas, en especial la primera, no solo á la juventud, sino á todas las edades, á todas las religiones y á todos los pueblos; y por ello se deduce y afirma, que mis esplicaciones en la cátedra de la Universidad Central han de ser contrarias al espíritu y doctrina de la Iglesia.

La falta de exactitud en las citas, el vicioso modo de hacerlas, la ignorancia de la ciencia, el olvido de todas las reglas de la buena crítica, la pasión con que el autor de esos artículos se esfuerza en presentarme ante el Gobierno y el país como un monstruo de inmoralidad absolutamente abominable, me autorizarían para no honrarle con la contestación, abandonándole á mi silencio y el fallo de todas las personas sensatas, probas y amigas de las conveniencias sociales.

Pero por dignos que sean de tal destino esos escritos, desgraciadamente pudieran producir cierto efecto, por la manera con que están redactados, en el ánimo de los que no hayan leído mis obras ni hayan oído en la cátedra ó el Ateneo, ó no me conozcan personalmente; y por lo tanto, juzgo oportuno y conveniente, apesar de todo vindicarme de los injustos cargos que ha querido dirigirme el Sr. N. Villoslada. Tanto más cuanto que reta jaclancioso á que se le prueben con razones los errores en que incurre.

El primer cargo que me hace es que en el tomo primero de mi *Tratado de Medicina legal*, pag. 55 de la segunda edición, sostengo, contra la doctrina de la Iglesia, que no deben admitirse demandas de disolución de matrimonio, fundadas en uno de los impedimentos dirimentes del mismo.

Como en todas las cuestiones de que trato en dicha obra, al hablar de las relativas á la capacidad para el matrimonio, espongo primero la parte legal, luego la médica. Espuesta la primera, hago su crítica para ver si está en armonía con los progresos de la ciencia; y en caso negativo, indico las reformas que

me parecen necesarias ó convenientes. Después de haber probado que casi ninguna de las leyes de las Partidas, relativas á la capacidad para el matrimonio, está á la altura de la ciencia y de la civilización actual, como se colige evidentemente de que á pesar de no estar derogadas, la jurisprudencia práctica las ha hecho caer en desuso, concluyo esa parte crítica, probando que ganaría la moral pública no admitiendo los tribunales las demandas de divorcio fundadas en la incapacidad física de uno ó de los dos cónyuges; y para ello me apoyo en la doctrina de la Iglesia y sus Santos Padres, en las leyes y en la moral. Analizo los fines del matrimonio, tomados de la definición que de él se dá en las Partidas y en las obras de jurisprudencia, y pruebo que además de la procreación hay otros fines igualmente atendibles, por los cuales la Iglesia y la ley consienten el matrimonio, siquiera se sepa *a priori* que los cónyuges no pueden tener hijos, como sucede respecto de las mujeres que casan septuagenarias.

Lo que pido en esa crítica es una reforma, y la pido á quien tiene facultades para hacerla, lo cual no es en manera alguna negarle estas facultades. No digo que no *deben*, sino que *deberían* admitirse tales demandas; y suponiendo que no se atiende mi crítica, pido que se haga de un modo más cabal y menos lleno de inconveniencias y deshonestidades, siendo el móvil que me guía mi ardiente deseo de evitar escándalos y agravios á la moral, con lo que no puede menos de estar de acuerdo la Iglesia, en cuyas atribuciones no me meto.

Esto es lo que yo opino de un modo bastante explícito en la segunda edición de mi *Tratado*, á la que se refiere el articulista; y de un modo más terminante todavía en la tercera edición, que es el verdadero texto vivo, de cuya existencia no parece tener la menor noticia el Sr. Villoslada, á pesar de que data desde 1856.

Tras ese cargo, vienen en un sólo párrafo otros cinco, á cual más graves é injustos. Es el primero que hay en la pág. 62 de la segunda edición, doctrina inductiva á pecados, hijos de la más infame concupiscencia. Eso es completamente inexacto, por no decir otra cosa. Precisamente uno de mis argumentos es que ni la Religión ni la ley tienen en cuenta la sensualidad para la validez del matrimonio, y no digo una palabra, que unida á las demás del capítulo, pueda escitar ni inducir á lo que supone el Sr. Villoslada. Se necesitaría ser un sátiro para descubrir en mis palabras semejantes incitaciones, en especial en la tercera edición, donde está espresado mi pensamiento de otro modo que en la segunda, única que ha visto el articulista.

El segundo de esos cinco cargos agrupados es que sostengo doctrina peligrosa sobre la virginidad; aseveración tan gratuita como incierta, que viene sin prueba alguna y con un dogmatismo que asombra. La doctrina que sostengo es la de los autores más recomendables; la que tiene en la ciencia general aceptación.

Otro tanto diré respecto de la relativa al aborto artificial. Sostengo la doctrina generalmente profesada y practicada en las primeras naciones de Europa; la que proclamó la Academia de París en 1852; y en la tercera edición que el articulista no ha visto, trato ese grave asunto con más estension, voy aun más lejos que en la segunda, porque la ciencia ha dado un paso más, y robustezco mi opinión con doctrinas tomadas de la *Embriología sagrada* del Sr. Riesco Legrand y de Tomás Heno, citado por aquel, probando que lo que dice Heno sobre la medicina dada á la madre en peligro, siquiera pueda dañar al feto, es aplicable á una operación tan legítima en obstetricia, como la cesárea y la cefalotomía, y más favorable que estas á la madre.

El cuarto cargo se refiere al *extasis*, suponiendo que profeso acerca de él doctrina de sabor anticatólico. Por supuesto que se afirma sin prueba alguna. Hablo del *extasis* en el capítulo de las enfermedades que pueden fingirse; así como puede ser una manía ó monomanía religiosa. Que esta enfermedad y sus alucinaciones místicas pueden simularse, no ha de haber un médico ilustrado que lo dude; y que puede haber personas farsantes que traten por ese medio de hacerse pasar por santas y embaucar así al vulgo, no lo ha de dudar nadie que tenga mediano conocimiento de las flaquezas de la especie humana y de lo frecuente que ha sido la explotación de la credulidad vulgar, siempre inclinada á las maravillas, por taimados que han hecho de esa guisa su negocio. Véase, de consiguiente, cómo suponiendo yo que el *extasis* puede fingirse, y advirtiendo á los médicos que en semejantes casos anden con cuidado, en nada me aparto de lo debido, ni infiero agravio alguno á la Iglesia, la que más que nadie está interesada en deslindar lo verdadero de lo falso.

Por último, me atribuye en dicho párrafo el articulista, doctrina falsa, errónea y con tendencia funesta sobre el sigilo sacramental. No sé ni puedo atinar en qué parte de mis obras hay algo que á eso se refiera. Espíquese el Sr. Villoslada, y veremos si vale la pena de contestarle.

Después de esos cargos, á cual más infundados, abandona el Sr. Villoslada mi *Tratado de medicina legal*, para saltar á mi *Compendio de toxicología*, y me copia de la se-

gunda edicion, jamás de la tercera, que cree testo vivo, estas palabras: «En España, fruto sin duda de la grosera educacion que gran parte de su pueblo todavía fanatizado recibe, se cometen asesinatos horrosos bajo todas las formas.» De ahí toma pié para lanzarse á conjeturas muy suyas, y suponerme intenciones hostiles á la enseñanza católica, discurriendo con el más lamentable olvido de toda lógica.

En esas palabras no digo más que lo que digo, ni quiero significar otra cosa que lo que significa. Mi lenguaje es claro y terminante. En el idioma castellano, lo mismo que en todos los idiomas cultos, las voces *fanatismo* y *religion* no son sinónimas; al contrario, tienen una acepcion casi antagonista; quien las confunde, ni sabe lo que es religion, ni lo que es fanatismo.

Que gran parte del pueblo español, durante los siglos del absolutismo y predominio clerical, ha recibido una educacion grosera, es, por desgracia, de una evidencia deslumbrante: y que sigue recibiendo igual en muchos puntos, solo dejará de verlo el que sea topo. Los más no saben escribir ni leer. No tienen, por lo tanto, instruccion. A la rudeza é ignorancia de los padres se añade la escasez de sus recursos; les falta tiempo para educar á sus hijos. En muchos pueblos no hay escuelas ni maestros. ¿Y quién no sabe que la ignorancia es la compañera inseparable del fanatismo, y la primera enemiga de la verdadera religion?

Fuera de las prácticas religiosas, que desde niño se aprenden por rutina como costumbres del país, ¿qué ideas tiene de la verdadera religion cristiana gran parte del pueblo? El mismo articulista atribuye la frecuencia de los crímenes que se cometen en nuestro país, á la ignorancia de la verdadera religion, al descuido de los padres en dar á sus hijos educacion cristiana.

Pues si hay ignorancia de la verdadera religion, si hay descuido de la educacion cristiana, ¿qué han de ser las creencias de los que en esa ignorancia y descuido viven, sino fanatismo, esto es, preocupacion, tenacidad y furor en defender opiniones erradas en materia de religion, que es lo que aquella palabra significa? El pueblo rudo é ignorante no es ateo; es creyente, pero sus creencias son impuras. A vueltas de buenos principios é ideas religiosas, verdaderamente cristianas, profesa toda clase de errores: es una esponja que absorbe todas las preocupaciones, supersticiones y herejías; tiene una infinidad de resabios paganos y prácticas idolátricas que la religion católica anatematiza. No hay absurdo que no crea; no hay hecho maravilloso que no le exalte; no hay farsa que no le em-

baque. Lo que de todo eso puede resultar, no hay que decirlo. Ahí tiene el Sr. Viloslada, por qué juzgó á cierta parte del pueblo todavía fanatizada, y por qué lo considero como causa predisponente á crímenes. Atrevase, si puede, á confundir eso con la religion cristiana.

Salta luego el articulista dos páginas en busca de *enormes pecados*, y me copia otro pasaje de la *Toxicología*. «Los frailes de Madrid sufrieron un brusco ataque del pueblo, no solo por motivos políticos; tambien se les atribuyó su influencia en la salubridad de las aguas.» En seguida se pregunta qué intento con eso, convirtiéndome en eco de tan ridículo absurdo, de tan horrible como desalinada calumnia.

Ni tenía necesidad de preguntármelo, ni de hacerme tal cargo, porque no solo en otras partes de la introduccion de mi *Compendio*, sino en el mismo párrafo que termina con las palabras copiadas, está terminantemente expresado que tengo ese rumor por una preocupacion añeja del pueblo, no solo español, sino de todos los países y tiempos.

Al trazar la historia del envenenamiento, y al hablar de la toxicología mitológica, digo en la tercera edicion: «El envenenamiento de la fuente donde se bañaba la ninfa Scyla por Amfitrite, y el supuesto de los granos atribuido á Nefele por la calumniadora Iro, son dos hechos que revelan cuán antigua es en el vulgo la errada creencia de que pueden envenenarse las fuentes, y que dependen de venenos ciertas calamidades públicas.»

En algunas páginas más lejos, y eso ya estaba en la segunda edicion, y de consiguiente, pudo verlo el Sr. Viloslada, digo: «Añádase á eso, que conociendo más las sustancias que son dañosas, no ha de haber tantos envenenamientos y ha de acabar para siempre una porcion de preocupaciones de que están las gentes imbuidas; porque, como dice perfectamente Feijóo, el vulgo cree lo que le dicen los que no son vulgo. Muchas enfermedades epidémicas han sido atribuidas al envenenamiento de las fuentes públicas. No hay necesidad de probarlo con lo que dice Hoffmann, que acaeció en el reinado del emperador Carlos IV, en Alemania, porque siempre que se presenta una de esas calamidades pestilenciales, la explica el vulgo en sus primeras impresiones por ese medio. En París, cuando el cólera, se divulgó la misma preocupacion. Los frailes de Madrid sufrieron un brusco ataque del pueblo, no solo por los motivos políticos; tambien se les atribuyó su influencia en la salubridad de las aguas.»

El Sr. Viloslada, que me acusa de haberme hecho eco de un rumor vulgar, y cómplice de una calumnia, pudo ver, y vió, de seguro, todo el párrafo que acabo de tras-

cribir. Para venir á parar á las líneas que me copia y censura, tuvo forzosamente que leer las anteriores. Inmediatamente antes de las palabras *los frailes de Madrid*, están estas: *se divulgó ya misma preocupacion*. No cabe duda acerca de mi opinion sobre este asunto. El Sr. Viloslada no puede alegar ignorancia. Su conducta es inequívoca. Quien así se conduce, está juzgado.

Deja el redactor de *El Pensamiento* mi *Compendio de toxicología* para volverse al *Tratado de Medicina legal*, y antes de fijarse en el testo impreso, trae un párrafo donde supone que hay tendencia materialista en todas mis obras, y apela para ello á cuantos me conocen y me han oido discursos en el Ateneo de Madrid.

La mayor parte, por no decir todas las obras científicas que he publicado, han sido antes lecciones dadas en dicho Ateneo, siempre favorecidas por un concurso tan ilustrado como numeroso, que en más de una ocasion me ha alentado con sus aplausos, aunque innmerecidos, y siempre con su benevolenta atencion.

En ninguna de esas obras hay una sola frase que, ni directa ni indirectamente, niegue la existencia de Dios y del alma; ningun principio filosófico, científico ni literario, que lógicamente conduzca á esa negacion: ninguna de mis doctrinas puede con fundamento ser calificada de contraria al dogma del país; es un absurdo suponerlas funestas á todas las edades, á todas las religiones y á todos los pueblos. Semejante acusacion, no es solo un agravio á esas obras y á su autor, sino al público del Ateneo que las ha sancionado con su aplauso y atencion, y al que me ha comprado los ejemplares.

Respecto de mis discursos en las sesiones de dicha corporacion, digo lo propio. Nunca ha salido de mis labios ninguna negacion de Dios ni del alma. No lo recuerda bien el articulista, cuando lo afirma. Tambien apelo á los hombres de buena fé del Ateneo, para que digan si es cierto lo que aseguro, sin temor de que ninguno me desmienta.

Otro tanto puedo afirmar de mis lecciones en la cátedra de la Facultad de Medicina. En 19 años que tengo á mi cargo la enseñanza de la medicina legal y la toxicología no ha brotado de mis labios ni una frase que autorice á llamarme materialista. Apelo al testimonio de los miles de alumnos que me han oido. El honroso concepto en que me tienen todos ellos y sus familias y amigos que me favorecen todos los años con su presencia, cuando los apadrino en las investiduras y las diversas formas con que me manifiestan sus cariño y simpatías, serán siempre una protesta tan enérgica como elocuente, contra

las gratuitas acusaciones del Sr. Villoslada (1).

Pero veamos en que se funda este señor para acusarme de materialista corruptor de la juventud, y abrumarme con todos los dictados desfavorables que, entre ciertas gentes, son los obligados de esa calificación tan manoseada en nuestros días, y para muchos tan pavorosa.

En el *Tratado de Medicina legal*, página 204, de la segunda edición (porque ese hombre se ha parado en 1846), ha leído el Sr. Villoslada estas palabras: «Bástame dejar consignado que ora sea el hombre, como pretenden los materialistas, un ser todo materia; ora como los espiritualistas, un ser compuesto de cuerpo y alma... etc.»

En seguida de copiar este fragmento de un pasaje, sin concluirle, empieza á declamar sobre la horrorosa duda que en su concepto envuelven esas palabras, y partiendo de su hipótesis gratuita, se despacha á su gusto como verdadero *apriorista*.

Hubiérase pedido ahorrar ese innecesario trabajo, y hubiera dado prueba mejor de su buena fé: primero si hubiese concluido todo el pasaje, si no hubiese adoptado esa viciosa táctica de entresacar palabras, truncarlas y mutilarlas, sin atender á lo que antecede y sigue, para dejar comprender su verdadero sentido; y segundo, si en vez de ir á buscar palabras sueltas en una edición que ya no existe, para atacar los *testos vivos*, se hubiera referido á la tercera, que es el texto actual, y en la que ya no hay una palabra de las que me ha copiado y acrimina.

Cuando di la segunda edición de mi *Tratado* estaban todavía vigentes las leyes de las Partidas que castigaban al aborto con diferentes penas, según se considerase el feto animado ó no animado. Como de costumbre, yo hacia la crítica de esas leyes, y discurría sobre las diferentes opiniones que ha habido en punto al momento en que el alma se aloja en el cuerpo del hombre. Después de haberlas espuesto todas, decía: «No nos toca á nosotros deslindar ninguna de esas cuestiones, las que, por otra parte, son, como dice con su gracejo acostumbrado Voltaire, cuestiones de ciegos, que dicen á otros ciegos qué es la luz. Bástanos dejar consignado, que ora sea el hombre un ser todo materia, como lo pretenden los materialistas, ora, como los espiritualistas, un ser compuesto de cuerpo y alma, la razón y la experiencia nos conducen á pensar que el feto está vivo y animado desde el momento mismo de la concepción..... Los fisiólogos modernos están de acuerdo sobre esta doctrina.»

Véase, de consiguiente, que eso que llama el Sr. Villoslada horrorosa duda, es consignar que sea cual fuere la opinión acerca de la naturaleza del ser humano, es tan fuerte y general la convicción de que está animado desde que es concebido, que se hace superior á todas las opiniones filosóficas. De eso, á poner en duda la dualidad del hombre, hay una distancia inmensa.

Añadiré que habiéndose publicado el Código penal y reformado la penalidad del aborto en el sentido de mi crítica cuando di la tercera edición de mi obra, esa crítica era ya ociosa y con ella quedó suprimido el párrafo de donde me ha copiado el Sr. Villoslada solo el principio de una frase, cuyo sentido violenta á su capricho. En la tercera edición, por lo tanto, no hay nada de lo que supone el señor Villoslada.

Del *Tratado de Medicina legal* se vuelve al *Compendio de Toxicología* en el bello desorden de su exabrupto místico, para hacerme definir al hombre «una organización con fuerzas que la rijen;» tocando luego sobre ese tema las vulgares variaciones de todos los que en fuerza de hablar contra la organización, acaban por suponer un absurdo y profesar una herejía puesto que pretenden que el alma obra sin cuerpo.

Lo que aquí me supone el articulista, es tan inexacto y tirado por los cabellos, como todo lo que sale de las fraguas de su vulcanica lógica. Yo no defino al hombre de esa manera, siquiera diga esas palabras. Yo hablo de la vida en general, comprendiendo la humana; la de los irracionales y la de las plantas. Y después de haber discurrido sobre la esterilidad de los esfuerzos de los que han tratado de penetrar en la esencia de la vida, digo que todo lo que sabemos es que la vida es una fuerza, es algo insensible, no visible, que anima la organización, que la preside, que la determina; en una palabra, que el hombre, que el animal (y hubiese podido añadir que la planta) es una organización con las fuerzas que la rijen.

Tratando, pues, de la vida en general, esa es la que vengo á definir y no al hombre; y como vida general no es cuestión de alma ni espíritu, porque la vida no le necesita; los animales y las plantas viven y no tienen alma.

En la tercera edición no hay nada de eso. Está completamente reformada, y mis doctrinas acerca de las causas secundarias de la vida, son más físicas y químicas que en la segunda, y allí puede ver el Sr. Villoslada lo que digo á los que por ello me acusan de materialismo.

Otro cargo por el estilo me hace, suponiendo que defino á Dios «símbolo de la humanidad en marcha;» y de la violenta inter-

pretación que dá á estas palabras, aislandolas de las que las anteceden, y que les dan su verdadero sentido, deduce mi horrible *materialismo*.

Lo primero que diré sobre este cargo, es que eso ya no está sacado de mis libros de testo. Ese singular rebuscador de hongos venenosos en el campo de mi materialismo, ha tenido que salirse de los libros testuales para creer que hallaba algo para su saco; sin considerar que bien pudieran ser censurables otras obras mías, sin que por eso lo fueran las de testo.

En segundo lugar diré, que esa pretendida definición de Dios es de la misma fábrica que la pretendida definición del hombre. Yo no defino á Dios de esa ni de ninguna otra manera en ninguna parte de mis obras, porque ninguna es de teología.

Si el articulista no me hubiera mutilado, como de costumbre, un párrafo, dislocando unas palabras y suprimiendo una conjunción copulativa, no hubiera visto semejante definición. Lo que es vicio de su crítica, lo convierte en falta ajena.

En el prólogo de mi novela titulada *Eloisa y Abelardo*, doy á conocer los objetos que me propongo al escribirla. Uno de esos objetos, bien diferente del materialismo que me supone el Sr. Villoslada, se deja comprender con estas palabras: «El ideal de nuestra novela, el que representan nuestros héroes, es la *actividad intelectual y la patética; la exaltación de la idea y del sentimiento; el culto que debe rendir la sociedad humana con preferencia á todo otro ídolo de gentilico origen, al génio y al saber por una parte, y por otra á la grandeza del corazón*. LA HUMANIDAD NO ES SOLO FUERZA; ES TAMBIÉN ESPÍRITU Y SENTIMIENTO. Su perfección no está en la exclusiva exaltación de ninguno de los elementos de esa trinidad social, mucho menos en el de la fuerza, sobre todo cuando esta actividad física se ejerce en la industria antigua ó sea la guerra, y no en la industria moderna ó sea el trabajo;» ¿Quién se atrevera á decir que eso sea materialismo?

Mas abajo añado: «El heroísmo de nuestra novela reside entero en los representantes del pensamiento y de la pasión; es la apoteosis del génio, del saber, de la gloria literaria, del amor y del sacrificio; este es el altar donde nos complacemos en quemar incienso, *porque en él vemos también á Dios* como símbolo de la humanidad en marcha.»

Hé aquí las palabras materialistas que el Sr. Villoslada ha querido tomar por una definición de Dios, separándolas de las antecedentes que revelan claramente su sentido, y hasta el recuerdo de todo ese párrafo, con el anterior: primero, para probar que son la expresión del más elevado espiritua-

(1) Véase el comunicado que han publicado mis alumnos.

mo; segundo, que son una imagen, una comparación poética ó su símil, y no una definición. La misma conjunción copulativa *como*, acaba de evidenciar la índole de esa oración gramatical.

¡Y por eso tanta alarma, tanta alharaca y tanto aspaviento!

Por último; no contento el articulista con los graves cargos que llevo rebatidos, redobla sus bríos contra mi supuesto materialismo, y añade que me encargo de deducir consecuencias aplicables á la vida práctica, destructoras de la sociedad, pues tienden nada menos que á disculpar todos los crímenes, á sepultar nos en el más absurdo fatalismo y aprivar nos hasta de la libertad natural.

Supone además que ensancho la esfera de la monomanía hasta tal grado, que apenas hay crimen que rigurosamente no pudiera ser absuelto como demencia.

Para apoyar estos asertos, tan duros como gratuitos, me copia un pasaje del juicio que en la segunda edición de mi obra formaba de la doctrina de Gall, la que califica magistralmente de desacertadísima; y concluye prometiendo otro artículo para esplanar ese punto, que encuentra en armonía con mi materialismo y mis definiciones de Dios y el hombre, las que me copia, según dice, horrorizado.

Puesto que aplaza para otro artículo ese punto, yo haré otro tanto, habiéndose hecho este ya más largo de lo que yo hubiera querido y merecían los ataques del Sr. Villoslada.

Pedro Mata.

Discurso pronunciado por el doctor D. Rafael Martínez y Molina, catedrático de la Universidad central, en la sesión inaugural de la Sociedad médica La amiga del Estudio.

SEÑORES:

Colocado al frente de esta brillante juventud que hoy celebra, llena de entusiasmo, la cuarta inauguración de sus tareas académicas, es de mi deber elevar en este momento mi débil voz, no ya para estimular al estudio á unos jóvenes que hartas pruebas tienen dadas de su amor á la ciencia y de celo siempre vivo por su progreso; ni para predicarles desde este sitio y en ocasión tan solemne la perseverancia, sin cuya virtud apenas hay triunfo posible en el orden intelectual, moral, y físico; ni mucho menos emplearé los escasos recursos de mi inteligencia en acumular plácemes, ovaciones y lisonjas por los esfuerzos hasta aquí empleados y los frutos obtenidos, porque si bien esta serie de notas artísticamente combinadas pudiera producir una armonía grata al oído, también pudiera enervar el ánimo convidando al sueño, y el sueño,

señores, en la vida moral es como en la física, el quietismo, la inacción, la parodia de la muerte. Tampoco he creído oportuno elegir por tema de mi discurso un punto médico, cuya discusión hubiera ocupado la atención tan indulgente que en ocasiones análogas me habeis prestado, porque, haciéndolo así, he temido no ponerme al alcance de todo mi auditorio, compuesto de jóvenes de los cuales unos apenas han pisado con pié trémulo el umbral del templo de Esculapio, si bien hay otros próximos á tocar la meta iniciados en los misterios de la ciencia de la salud.

A mí, señores, me ha bastado para componer este breve trabajo, recordar el título de nuestra Sociedad. Veo en ella una corporación compuesta de alumnos amantes del estudio; un marañal de abundantes y cristalinas aguas á donde acuden en tropel á apagar su sed los ámbros ganosos de doctrina; un palenque siempre abierto en donde miden, ejercitan y calculan sus fuerzas los que después han de sostener las lides académicas; un campo de operaciones en el que á fuerza de simulacros se adquiere el aplomo, la instrucción y la prudencia que exige el ejercicio de la medicina; una escuela, en fin, en que jóvenes *amigos del estudio* se reúnen con frecuencia para aumentar mutuamente la esfera de sus conocimientos.

Y que servicio más útil podría yo prestar á los individuos de esta sociedad, que me honran con su confianza, que indicarles el camino que los ha de conducir á llenar el objeto laudable que se proponen? ¿Será acaso estemporáneo, officioso ó impertinente que en el intrincado laberinto de asignaturas que han de cultivar para completar su instrucción médica les haga notar las más importantes bajo el punto de vista científico y profesional? ¿No surge inmediatamente de esta idea la indicación del método y de los medios que deben emplearse para que el estudio sea útil y fructuoso? ¿No cumple también á mi deber aconsejar, animar y sostener el fuego sagrado del entusiasmo en los jóvenes que empiezan, y avisar á los que acaban, los escollos que deben evitar y la conducta que deben observar en la práctica de la profesión? ¿Sobran ó dañan acaso los consejos á los que marchan por una senda espinosa al principio, oscura en el medio, áspera y resbaladiza al confin? ¿Y si esa senda no conduce á un campo alfombrado de flores, surcado de arroyuelos placenteros y de ambiente perfumado, sino que allí donde termina empieza un mar proceloso á cuyas espumantes olas confía el navegante su débil barquilla, será ocioso, repito, recomendar el valor, la decisión, la prudencia y hasta el heroísmo en los lances apurados, así como la resignación en las des-

gracias inevitables? Pues tales, señores, la índole de las consideraciones que os haré en estos breves momentos, tal el programa de mi discurso.

Ante todo, desearía ¡oh jóvenes amantes del estudio! que no olvidárais negligentes las máximas y los consejos que con afanosa solicitud han tratado de grabar en vuestra mente vuestros padres y maestros durante la primera y segunda enseñanza. Ese vastísimo programa, tan ameno como necesario, que constituye vuestra primera instrucción y que abraza los principios elementales de la ciencia toda, divina y humana, debe ser para vosotros un libro de continuas consultas y recuerdos, si es que habeis de llenar cumplidamente vuestra misión en la tierra en todas las esferas de la vida social. Precisamente habeis elegido una carrera que más que ninguna otra necesita de auxilios de toda especie, si ha de consumarse sin peligro y sin pericance; vais á ejercer una profesión que por la índole de sus servicios, por la vasta extensión de sus aplicaciones y por lo trascendental de sus resultados exige de vosotros las relevantes prendas de una sana moral, de la caridad evangélica, de la resignación cristiana, de la modestia recatada, de la abnegación heroica; porque, sabed que vais a ser los confidentes y depositarios de las más íntimas emociones del corazón humano; porque sereis llamados con frecuencia á socorrer la desgracia en su manifestación más triste y deplorable; porque muchas veces, á pesar de vuestros conocimientos, de lo bien calculado de vuestros planes y del exacto cumplimiento de los preceptos de la ciencia, os vereis chasqueados y obligados á inclinar vuestra cabeza ante una autoridad superior á vuestro poder y dominio; porque algunas veces conseguireis triunfos que la trompeta de la fama se encargará de celebrar y publicar en el espacio y en el tiempo, pero que no deben hinchar ni envanecer vuestro orgullo, porque la naturaleza reclama con justicia una buena parte en el botín y en la victoria; y porque en ocasiones críticas y azarosas habreis de luchar impávidos con enemigos tan ocultos como temibles, salvando víctimas, desvaneciendo el pánico con vuestro ejemplo, desoyendo el grito de vuestras más caras afecciones, y sucumbiendo acaso honrosamente en el cumplimiento de vuestro deber.

Vais además á cultivar una ciencia que exige de vosotros recto juicio, fino criterio, atención sostenida, ánimo despreocupado, severo raciocinio, vasto conocimiento de la naturaleza y todas las dotes que deben adornar á un observador concienzudo, ilustrado y deseoso del progreso científico. Por lo mismo, debeis pasar una escrupulosa revista á vuestras facultades intelectuales, examinando

aquellas cuyo ejercicio no se armonice con las necesidades de la ciencia, cultivando con esmero las que pequen por defecto, utilizando oportunamente las que por fortuna hayais recibido con mano pródiga, y dando á todas una direccion adecuada y conveniente. Observad los hechos atentamente, pero sin prevencion alguna; distinguid bien las ilusiones de las impresiones reales y efectivas, porque si por desgracia llegais á almacenar hechos falsos con los verdaderos, maridando en monstruoso consorcio quimeras con realidades, la confusion será inevitable, los juicios serán falsos, la comparacion ilusoria; y si empleais el raciocinio para deducir consecuencias de estas premisas tan viciosas, las conclusiones no podrán menos de ser absurdas, paradójicas, insostenibles. No os apresureis á comparar y deducir sin haber antes enriquecido vuestra mente con un caudal de hechos verdaderos; y aun asimismo, la apreciacion, el escrutinio y el exámen debe hacerse con la fria razon y severa lógica del hombre recto que busca la verdad. Tomad por tipo de vuestra conducta el procedimiento que emplea el naturalista colector, que despues de haber recorrido durante dias enteros los campos recogiendo objetos sin haberse cuidado de determinarlos, despues se retira y en el silencio de su gabinete los clasifica, los denomina y coloca á cada uno en el lugar del museo á que corresponden. Yo, además, ¡oh jóvenes académicos! creeria ofender vuestra moral y vuestra honradez si os recomendara eficazmente la buena fé en todos los actos relativos á la ciencia; porque debeis tener entendido que un hecho falso publicado como verdadero ó una observacion incompleta presentada como base de una doctrina, hace más daño á aquella que todas las demas causas juntas que impiden su progreso. Datos falsos introducidos en el campo de la ciencia son la cizaña que impide crecer á las plantas útiles, son un tósigo que envenena todo el cuerpo de doctrina, son el fermento que altera toda la masa, son fuerzas retroactivas que se oponen tenazmente á la marcha triunfal de nuestros adelantos, son, en fin, la plaga más cruel y el azote más temible en las ciencias que se llaman de observacion y de hechos. Ved, pues, el fundamento en que me apoyo para aconsejaros una buena direccion de vuestras facultades, suma prudencia en las decisiones y una hoaradez á toda prueba en todos vuestros actos, tanto del orden moral como científico.

Pero vengamos ya á otras consideraciones que más directamente se rozan con la carrera que habeis emprendido. Veamos qué conocimiento debeis adquirir, qué estudios debeis hacer, qué materias debeis cultivar con más interes para poseer una ciencia tan vasta,

tan útil y tan noble como es la medicina.

Habreis observado, alumnos académicos, que ántes de emprender vuestra carrera favorita os exigen los reglamentos que os preparais, ampliando vuestros conocimientos en las ciencias físicas, químicas y naturales como si fuera una profanacion penetrar en el santuario de la medicina sin haberse iniciado en los misterios de la naturaleza. Sabiamente establecidas se hallan, queridos jóvenes, estas disposiciones en los códigos de la enseñanza médica, porque siendo el hombre, segun los clásicos griegos, un mundo en miniatura, era preciso, antes de estudiarle, conocer al mundo colosal y apreciar las leyes de su composicion y de sus fenómenos. ¿Quién se atreveria hoy á hablar de la vision sin haber estudiado la dióptrica y la catóptrica? ¿Quién osaria emprender un trabajo sobre la audicion sin haber profundizado en la acústica? ¿Quién podrá envanecerse de haber comprendido la circulacion de la sangre sin haber saludado la hidraulica? ¿Quién podrá discutir sobre el mecanismo de la absorcion sin haber comprendido los fenómenos osmóticos? ¿Podrá alguno calcular la ventaja ó desventaja de nuestras potencias musculares, atendida su insercion y la incidencia sobre las palancas huesosas, sin haber empleado algunas vigilancias desarrollando los sublimes cálculos de la mecánica? Y si es cierto que la electricidad es el alma del mundo, que todo lo penetra, que todo lo invade, que todo lo agita, que todo lo mueve, alma ya estrevista y figurada por el inmortal autor de la *Encida* (1), ¿qué ventajas tan inmensas no podemos sacar del estudio de ese agente que apenas se ha dado á conocer y ya nos asombra con su gigantesco poder?

¿Y qué os diré de la química que no hayais adivinado ya al oír por primera vez su definicion y su objeto? Prescindiendo ya esta ciencia de las grandes masas que se mueven en el espacio y descendiendo al seno mismo de los cuerpos para estudiar las acciones moleculares á pequenísimas distancias, ha realizado en poco tiempo sueños verdaderamente fantásticos y encontrado á su manera la piedra filosofal, tan ávida como groseramente buscada por los primeros alquimistas. Ella tortura cuanto puede a la materia para arrancarle secretos que de otro modo permanecerian siempre ocultos. Ella, con sus reactivos, provoca, cuando quiere, conflictos entre los cuerpos, y ora descomponiendo á los unos, ora dando existencia á los otros, parece que dispone á su arbitrio de la masa de la creacion

(1) Principio cœlum, ac terras, camposque liquentes,
Lucentemque globum Lunæ titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem et magno se corpore miscet.

(*Eneidos*, Lib. VI.)

y que las fuerzas se someten humildes á su capricho. Por esto no es extraño que el número de cuerpos se haya multiplicado prodigiosamente en las manos de los químicos; que los laboratorios sean otros tantos talleres de donde salen diariamente nuevos y variados productos, y que las artes, la agricultura y todas las profesiones de aplicacion material consideren á la química como una madre que las alimenta con el néctar de sus pechos. No es, por cierto, señores, la medicina la que menos beneficios ha recibido y recibe de esta ciencia. Ella ha ilustrado al anatómico hasta el punto de conducirlo hasta el átomo indivisible de la composicion orgánica; ella se afana con laudable solicitud por analizar nuestros humores en su estado fisiológico y morboso; ella ha sentado el principio de la unidad de materia en los dos reinos de la naturaleza; nos ha presentado llena de entusiasmo y ufana para el porvenir productos artificiales considerados hace poco como obra esclusiva de la organizacion viva; ella nos brinda en fisiología con teorías más luminosas, más sencillas, más palpables, más convincentes; ella ha enriquecido á la terapéutica con agentes poderosos á la vez que sencillos, porque ha sabido aislar lo útil y eliminar lo inútil en las sustancias medicinales; ella ha enaltecido en alto grado á la profesion médica á la vez que ha prestado un inmenso servicio á la humanidad, poniendo en nuestras manos agentes que neutralizan la accion de los venenos y que pueden descubrirlos cuando ha mediado una accion criminal; ella, en fin, nos promete trabajar sin descanso para ilustrar la historia de las enfermedades, para darnos recursos con que combatirlas, ofreciéndonos generosa el resultado de sus ensayos y agregándose como aliada y compañera modesta y desinteresada en la gran lucha que el médico sostiene con las dolencias humanas.

¿Y qué más méritos, señores, puede alegar una ciencia para que yo os la recomiende como auxiliar de la medicina? ¿Qué razones puede haber para desdeñar servicios tan eminentes? ¿En qué puede fundarse el despego, la prevencion, la dureza con que algunos tratan á la hija predilecta de los Thérnad, de los Berzelius y de los Liebig? ¿Es la medicina, por ventura, una ciencia tan aislada, tan independiente que pueda vivir de su propia cuenta, sin el calor, sin el apoyo y sin las luces de sus hermanas y compañeras? ¡Ah señores! es un axioma admitido entre los hombres pensadores, que la ciencia general es una, indivisible, infraccionable; solo el entendimiento del hombre, confesándose incapaz de abrazarla toda entera, es quien la mutila, la fracciona la cercena, á fin de cultivar por separado cada una de las ramas del árbol frondosísimo de los conocimientos humanos y ob-

tener de ellos frutos más sazonados y abundosos. No seré yo quien niegue la utilidad de estos fraccionamientos; pero también debo confesar que debe presidir cierto criterio á estas emancipaciones, sin el cual la ciencia toda vendría á quedar reducida á un caos en el que todo esfuerzo sería incapaz. Cuando las ramas que se desprendan tengan en sí mismas todos los elementos de vida y puedan echar hondas raíces trasplantadas á terreno apropiado, entonces las ramas vivirán vida propia, y andando el tiempo, bien abonadas y regadas, excederán en lozanía al tronco que las produjo. Pero si en vez de una rama separamos un botón, una hoja, un estambre, y exigimos de estas partes frutos que halaguen la vista y el apetito, por más esmero y cuidado que empleemos en su conservación, la muerte será siempre el resultado de este desprendimiento. Tal sería, señores, la suerte de la medicina si al desgajarse del árbol de la ciencia no la acompañaran sus ramos inseparables, la física y la química.

A evitar este desastre, á conciliar lo que se debe al médico, al físico y al químico, á desvanecer temores pueriles fundados en la invasión que, según se dice, hace una ciencia en el terreno de la otra, como si fueran dos enemigos irreconciliables que trataran de destruirse mutuamente, á procurar, en fin, el adelanto de unas ciencias con el auxilio de las otras, es á lo que deben dirigirse vuestros desvelos, vuestros esfuerzos y vuestras aspiraciones.

Pero no quisiera, señores, abandonar este asunto relativo á los estudios preparatorios, sin aconsejaros muy eficazmente el cultivo de las ciencias llamadas por antonomasia naturales.

El hombre es una parte integrante del universo en lo que tiene de material y perecedero: aquí nace, aquí vive y aquí muere; solo el alma, destello y emanación de la Divinidad, es la que sobrevive, y libre de los vínculos que la unian con el cuerpo cuando este se destruye, recibe de la Justicia divina el premio ó castigo que por sus obras haya merecido. Pero bajo el punto de vista material, el hombre ha de someterse á las influencias exteriores: estas son las que sostienen la vida, estas son también las que producen su muerte; su organización se armoniza maravillosamente con el modo de obrar de los agentes naturales; sus necesidades han de satisfacerse haciendo uso de cuanto le rodea; porque de la naturaleza saca el hombre el aire que respira, el alimento que le nutre, la bebida que le atempera, el calor que le vivifica, el lumínico que le anima, el remedio que le sana, ella le da animales que le ayudan, que le acompañan, que le protegen: vegetales con cuyo auxilio cubre sus carnes, fabrica sus

casas, construye sus buques, amuebla sus habitaciones, y como si eso no bastara, le brindan también al reposo con su sombra, al recreo con su follaje, á la molición con sus perfumes.

También el hombre se identifica hasta cierto punto con el país en que nace y el terreno que pisa, resultando de esta fusión grandes diferencias en el carácter, en el temperamento, en las pasiones, en las creencias.

Faltaría por consiguiente á mi deber si no os recomendara altamente el estudio de las ciencias naturales, que son las que dan á conocer tantos agentes y modificadores del organismo en su esfera material y fisiológica. Pero estas ciencias, además, han prestado grandes servicios á la humanidad en general y á la medicina en particular. Ellas han resuelto problemas de alta trascendencia social, han hallado relaciones y armonías entre objetos á veces los más apartados y heterogéneos; han deducido las leyes que rigen á los cuerpos inorgánicos, barruntado y adivinado muchas de las que gobiernan á la materia orgánica; han extendido, en fin, el campo de nuestros conocimientos y abierto nuevas sendas al saber y al progreso científico.

La geología y mineralogía nos han ilustrado sobre la estructura y textura de nuestro planeta; nos refieren la historia de su evolución en pasmosa conformidad con el texto sagrado, y trasportándonos en alas de la ciencia á los seis primeros días de la creación, nos hacen asistir con el Criador á la construcción del magnífico palacio destinado para el hombre: ellas han penetrado en las entrañas de la tierra y contado y analizado los inmensos estratos que las cubren; han hallado fabulosas riquezas sepultadas bajo de nuestros pies, alguna de ellas representada por una materia de ingrato aspecto, pero que es á todas luces la gran palanca de la civilización moderna. Barreña el suelo hasta la profundidad de n metros, ha dicho al hombre la primera de estas ciencias, y verás brotar un inmenso raudal de aguas cristalinas que refresquen tus labios y fertilicen tus campos; y si después de haber trabajado en vano te retiras sonrojado porque no se ha cumplido tu predicción, rectifica el cálculo, profundiza $n + s$ y verás con orgullo y regocijo realizados tus pronósticos.

La ciencia de las plantas, por lo mismo que estudia los seres que ofrecen los primeros albores de la organización y los croquis funcionales de la vida nutritiva, ha ilustrado con sus datos la historia anatómica y fisiológica del hombre; sus clasificaciones metódicas han conducido también á los patólogos á formar cuadros sinópticos de las dolencias humanas; y hasta la ciencia teratológica, tan enigmática y misteriosa en el reino animal, se des-

peja y esclarece con el estudio de los monstruos vegetales.

La zoología ha establecido el gran principio de la unidad de composición, de forma, de relaciones y desarrollo de las partes de que consta el animal. Con el nombre de anatomía y fisiología comparadas recorre la inmensa escala de los seres dotados de sentido y movimiento; escudriña su estructura, sigue paso á paso los cambios que un mismo órgano ofrece en los diferentes grupos de una división superior; nota que en ciertas series desaparecen unos órganos, porque han llenado al parecer su destino, pero que son reemplazados por otros en la serie inmediata, cambiando con la nueva organización las condiciones de vida y armonizando siempre las influencias exteriores con las reacciones del organismo. La anatomía comparada nos ilustra sobre la textura virtual ó real de nuestros órganos; ella nos releva muchas veces de apelar al microscopio cuando ocurren dudas sobre la naturaleza de nuestras fibras; porque ofreciéndose estas con el lleno de sus caracteres en animales de organización más robusta, en ellos observamos amplificado y desarrollado lo que en el hombre se presentaba microscópico y rudimentario.

La organogénea, ciencia nueva, altamente trascendental y ancha base en que descansa la anatomía filosófica, ha descubierto un vasto horizonte en que á la vez campea la libre especulación del naturalista filósofo, como la naciente y sostenida atención del observador. Ella se propone seguir paso á paso el desarrollo de los órganos, estudiar las fases de su evolución, tomar acta de los maravillosos procedimientos que emplea la fuerza misteriosa de la vida para modelar la sustancia orgánica y dibujar sobre un fondo deletznable, homogéneo y amorfo, los primeros bocetos de la organización animal; ella nos enseña que la naturaleza bosqueja primero en las clases inferiores lo que después perfecciona en las superiores: que la organización permanente y completa de algunos animales es transitoria é incompleta en la evolución de otros superiores: ella ha erigido en ley el fraccionamiento primitivo de los organismos y su asociación centripeta; nos dá explicación satisfactoria de la formación de los agujeros y cavidades del cuerpo: es la única ciencia que nos puede ilustrar é informar sobre las causas determinantes de las anomalías y de esas aberraciones de forma, consideradas en otro tiempo como caprichos de la naturaleza, indignos en la especie humana de figurar al lado de las formaciones regulares, y hoy objetos de compasión y de estudio para el hombre científico é ilustrado; la organogénea, en fin, es la ciencia que más nos hace elevar la mente hacia el Criador, que valiéndose de sus causas segundas, y reuniendo un poco de polvo y humedad, hace

salir de la masa informe un suntuoso palacio, una bella escultura, la obra maestra de la creacion cuyos detalles no admiramos bastante porque desdeñamos contemplarla. *Mirantur aliquid* exclamaba con razon el gran padre de la iglesia San Agustin, *mirantur aliquid altitudines montium, ingente fluctus maris, altissimos lapsus fluminum, et gyros siderum.*—*Relinquant seipos, nec mirantur.*.... Efectivamente, señores, si quereis que os señale una ciencia que halague vuestras aspiraciones, que despierte en vosotros hábitos de observacion, que os dé á conocer el continuo milagro del desarrollo del óvulo humano, ahí teneis la organogénia con la ovología y su compañera inseparable la embriología.

Pero hay más; hay restos de seres que ya no existen, que no existirán jamas; ha desaparecido el individuo y la especie, y sus despojos, sepultados bajo inmensas moles de terrenos estratificados, allí hubieran permanecido eternamente si el hombre de ciencia no los hubiera exhumado. El paleontólogo ha reconocido en ellos seres de otras edades, de otras influencias climatológicas, seres que formaron faunas y floras anteriores á los tiempos históricos, y á la vez que ha cantado un responso á los individuos que ya fueron, ha entonado un *hossanna* al Dios de las alturas, que así revuelve los mundos como hace rodar al grano de arena, y así cambia con una mirada la haz de la tierra, como mantiene sumisos á su voluntad los agentes poderosos del universo.

Las ciencias anatómicas han sacado inmenso partido de estas exhumaciones, y de la adquisicion de esas osamentas fósiles sin análogas en la vida actual, porque por una parte se han encontrado los anillos que faltaban para completar la gran cadena de estos seres, y por otra, el anatómico ha podido corregir mutilaciones y restaurar atrevidamente esculturas óseas que la mano del tiempo habia casi por completo destruido.

No os aconsejo, pues, jóvenes amantes del estudio, al recomendaros el cultivo de las ciencias naturales, que consumais el tiempo entretenidos con trabajos de puro recreo y distraccion. Hay en la historia de la naturaleza algo más que el placer que se experimenta al saber á qué grupo pertenece cada objeto natural, cuál es el criadero de un mineral, el *habital* de una planta, la costumbre ó el instinto de un animal. Vosotros debéis estudiar á la naturaleza comparada con el hombre y á este en relacion con la naturaleza, procurando siempre que vuestro estudio no sea estéril para la ciencia que de preferencia cultivais.

Réstame, señores, indicáros, para no abusar más de vuestra benévola atencion, qué clase de conocimientos debéis adquirir con más empeño, una vez empezada la carrera médica, y cuál es el camino que os puede

conducir con más seguridad á obtener un resultado satisfactorio.

(Se concluirá.)

Cartas sobre la esposicion de Lóndres en 1862.

CARTA DECIMATERCIA.

(Continuacion.)

El cañon Armstrong no puede ser recompuesto ni arreglado cuando se desperfectiona; y así como los cañones vulgares despues de desmontados y aun mutilados, ofrecen el recurso de variar su forma de posicion y seguir prestando servicio, el Armstrong tiene tanto que temer de sus artilleros como de los contrarios; y una vez alterada su matemática exactitud, no sirve más que de estorbo.

A estas nulidades de primer orden hay que añadir las que no por ser de ménos bulto deben dejarse de tomar en cuenta.—La multiplicacion del volumen y peso del arma Armstrong puede llegar sin duda á producir grandes efectos de destruccion; pero como el arma ha de usarse especialmente en el mar, y las construcciones navales tienen un límite de tamaño y de resistencia, hay que disminuir el número de armas á medida que se aumente su poder. Un navio moderno de los más fuertes no puede llevar hoy más que dos cañones Armstrong en batería, y claro es que hay mayor peligro en que se inutilicen dos armas delicadas que 131 groseras. El barco que admitiese (los marineros ingleses se niegan á admitirlos) cañones Armstrong en sus puentes, no llevaría ya el peligro de las tempestades, ni el de los escollos, ni el de los enemigos, sino el de los cañones.—«Dados enemigos sanguinarios y poderosos que combatir (dicen los mirinos de guerra); pero no nos metais el enemigo Armstrong dentro de nuestra casa.»

En efecto, cada vez que revienta un cañon de esta clase en las infinitas y costosas esperiencias que de tres años á esta parte vienen haciéndose, espantan los destrozos de hombres y de objetos que ocasiona. Ello es verdad que cuando sale el tiro taladra las planchas de los buques, destroza las fortificaciones, arrasaria los ejércitos; pero ¿hay seguridad de que el tiro salga? ¿No taladra tambien, cuando deja de salir, la plancha del barco propio, y destroza las fortificaciones que defiende, y arrasaria los ejércitos que acaudilla?

En el arsenal de Woolwich se enseña todavía á los curiosos el famoso mortero de Mallet, que fué construido con un gasto de ocho millones para arrojar bombas de 26 quintales de peso; el cual, inutilizado á las primeras pruebas, no sirvió más que para hacer ruido en el mundo político y para causar espanto hoy á las multitudes ignorantes que forman corro á la bomba en el palacio de la Esposicion.

Una cosa semejante nos tememos nosotros que suceda con el cañon Armstrongs, con ese bú del gobierno inglés, en cuya laboriosa composicion se llevan gastados 15 millones de duros, sin que apenas existan todavía arriba de 15 piezas disponibles.

El cañon Armstrong, repetimos, es un cañon moral que Lord Palmerston tiene sobre la mesa de su gabinete para no permitir que se envalentonen Francia con su *Gloria*, América con su *Monitor*, Austria con su cuadrilátero, y Prusia, Italia y España con sus cazadores. El cañon Armstrong es un cañon moral que Lord Palmerston enseña todas las mañanas á los ingleses para que tengan confianza en sí mismos, para que desprecien las brabatas de las naciones rivales, para que en un día dado se arrojen á las armas, como se arrojarían todos indudablemente en defensa de esa isla tan codiciada, tan temida y tan poco apreciada por la Europa.—El agitador Kossuth hacia leer por la noche á sus húngaros de 1848 la historia de la independenciam de España para que al amanecer se echasen sobre los austriacos: el diplomático Lord Palmerston hace oír por las mañanas á los voluntarios de Lóndres los disparos del cañon monstruo para que á la tarde se acuesten tranquilos, y aquella lectura y este tronar son la misma cosa.

Ahora bien: mientras el arma primordial del que llamaremos moderno romanticismo de la guerra, sea, como nosotros creemos firmemente, y con nosotros los hombres entendidos en la materia, esa brillante juventud que el Gobierno español tiene en Lóndres observando los movimientos del arte militar terrestre y marítimo; mientras el arma modelo de todas sea, decimos, un descubrimiento que, á pesar de los tesoros y el tiempo trascurrido, no pasa todavía de la categoría de ensayo; mientras se hacen evoluciones científicas é industriales para afinar un cañon que hoy no se parece en nada al cañon que nos asustó tres años hace, lo cual prueba que el susto fué perfectamente gratuito; mientras otras razones, de más peso que las diplomáticas y de efecto moral no justifiquen las ventajas que los armamentos novísimos puedan tener para el ataque y defensa de las naciones, ¿será cuerdo, será prudente, será patriótico invertir los recursos del presupuesto, separar de las empresas útiles y reproductivas los enormes capitales que exigen esos decantados inventos, nacidos tal vez hoy para morir mañana? ¿Habrà hombre reflexivo y prudente que se deje arrastrar por la falsa conveniencia de una idea emitida allí donde hace falta, acinunada donde es útil, sostenida á toda costa en los únicos países donde puede ser necesaria, pero absolutamente estéril para las naciones que ni llevan ni les acomoda llevar la primacia en los destinos del mundo?

Tales son las consideraciones sobre que nosotros queremos hacer fijar la atencion con este estudio, que hoy vamos ya á suspender, no sin reservarnos para un próximo día el exámen de las otras armas de la guerra, y lo mucho que puede y debe decirse sobre la magna cuestion económica de los armamentos navales.

CARTA DECIMACUARTA.

La libertad absoluta de la industria, que es una de las grandes conquistas del siglo presente, ha traído consigo otra gran conquista, peculiar tambien de este mismo siglo, que es la libertad absoluta de mentir. Como todo el que inventa y construye alguna cosa es libre de entregarla al

mercado y uso de las gentes sin exámen ni aprobación alguna, todos los constructores e inventores, por consecuencia, necesitan proveerse de una dosis de charlatanería y embaucamiento adecuados á la invencion que pretenden propagar. Como en los países esencialmente libres, Inglaterra y los Estados- Unidos, por ejemplo, se permite además que un maestro de obra prima se dedique á constructor de buques, por aquello de que no deja de haber analogías entre un zapato y el casco de una fragata, es preciso tambien que el zapatero aguce su magin á modo de lesna, y corte su pluma con el fino respunteado de una chinela de baile, para persuadir al público de que barcos y zapatillos son sinónimos, y de que así puede andarse con las segundas por tierra, como volar por los Océanos á bordo de los primeros. Como la libre discusión y el libre exámen, en fin, han traído entre sus infinitas e inapreciables ventajas la gran ventaja de que todo el mundo pueda discutir y examinar, cuente ó no con los elementos necesarios para ello, apénas hay absurdo o majadería que no halla fácil defensa, cómoda propaganda y numerosa hueste de admiradores. Todo lo cual, si bien traerá consigo, como aseguran los filósofos del porvenir, una era de claridad y recto juicio cual nunca ha conocido la historia, produce hoy, para los pensadores del presente, confusión y embrollo de tal magnitud, que en la mayor parte de las cuestiones se camina sin brújula, ó como dice el vulgo, sin saber á qué carta quedarse.

No en otra cosa consiste el furor desatado de algun tiempo á esta parte entre ingleses de acá y allá por exhibir armas y pertrechos de guerra que asombren á propios y confundan á extraños, porque como la mercancía está de moda y produce gran cantidad de doblones, menester es aprovecharse de las circunstancias, en uso de los derechos imprescriptibles de la libertad de la industria. Es, pues, infinito el número de industriales que en la Exposición de Londres han presentado sus armas. La gran mayoría ofrece una plancha y un cañón: el cañón destroza todas las planchas conocidas, y la plancha no puede ser destrozada por ningún cañón de los existentes. Tal es el tema.—Poco importa que las matemáticas y la química y la mecánica no tomen parte en estas invenciones ó reclamen la posición fiscal contra anuncios imposible; el hecho es que la plancha aparece destrozada, el cañón erguido como telescopio formidable, y la multitud cercando el trofeo con los ojos espantados, creyendo de buena fé que el que compra aquella terrible máquina reinará sin rival en mares y campamentos.

Entre los muchos predicadores de la destrucción eficaz del género humano, descuella ciertamente un hombre superior á quien la industria debe útiles y bellísimos descubrimientos, el cual dedicado ahora á *Júpiter* de Inglaterra, que es el oficio más lucrativo y la denominación que consideramos más adecuada, presenta un cañón á que ha dado su nombre: se llama Whitworth.—Mr. Whitworth ha asombrado al mundo científico con sus proyectiles y sus cañones. Mecánico insignificante que ya quizá á la cabeza de los constructores de hierro de nuestros días, reúne á su espe-

cial ingenio para la innovación, un arte singularísimo de manufactura que nadie se atrevería á disputarle. De sus talleres ha salido una plancha de hierro que admiran inteligentes y profanos, la cual tiene suspendido en el aire un taco del mismo metal, cuya superficie superior al ponerse en contacto con la inferior de la plancha produce el vacío absoluto, y por consiguiente la cohesión de ámbos cuerpos como si fuesen uno solo, la exactitud de sus tornos, la proligidad de sus limas, el inconcebible bruñir de sus niveles, ha realizado en el órden de la mecánica el milagro que se refiere de Mahoma, y al suspender los cuerpos por la nivelación de sus superficies, ha suspendido el ánimo de sabios é ignorantes que lo contemplan.

Pues bien: ese hombre ha inventado, ó por mejor decir perfeccionado, porque Whitworth inventa poco, el mejor cañón de todos los cañones. Su alcance es prodigioso, su fuerza colosal, su condición destructora increíble: no adolece de los defectos del cañón Armstrong en cuanto á la contingencia de reventarse; su mecanismo de construcción es más sencillo, sus pruebas responden todas á los ofrecimientos del autor. Pero ¿servirá para algo la máquina Whitworth? Esto es lo que niegan los hombres de la ciencia.—El cañón Whitworth es un cañón matemático, un arma de precisión no ménos delicada que cualesquiera de esos instrumentos geodésicos ó astronómicos. La más leve imperfección, una rozadura, un pequeño obstáculo que se tercie en la carga, un golpe, inutilizan este portento del arte meoánsco. Los azares de la guerra serian azares para el arma; una fábrica, un taller y un ingeniero deberían ir detrás de cada pieza: seis quería responder del uso de estos cañones. El arte de pelear contra ellos podría reducirse á sobornar á uno de los mozos que llevan las balas, ó á destruir cualquiera instrumento de los auxiliares: poner fuera de combate al director del fuego equivaldría á clavar una batería de sitio. Whitworth, para decirlo de una vez, ha inventado no un cañón, sino una verdadera máquina balística para tirar proyectiles en un campo de pruebas, y producir el asombro el terror y la admiración de los circunstantes. Bajo el punto de vista moral, el cañón Whitworth escude en condiciones al cañón Armstrong; bajo el punto de vista práctico, es quizá el segundo superior con ventajas sobre el primero.

¿Qué importa, pues, dados estos antecedentes, que uno y otro cañón, así como los que les imitan, rompan planchas de hierro de cinco pulgadas de espesor, y derriben blancos á considerables distancias, y echen á pique navios podridos en los puertos? ¿Han variado por esto todavía las condiciones de la guerra? ¿Se debe temer hoy por hoy, la destrucción de las armadas y de los ejércitos antiguos? ¿Será prudente arrojarle con infantil ceguera á exponer la fortuna pública en ensayos que maldicen secretamente los mismos que los están haciendo?

Y ahora que nombramos la fortuna pública, será conveniente que nos ocupemos de la gran sangría que han inventado hacerla los modernos innovadores de la marina militar.

Conocido es de todos el inmenso coste de los nuevos barcos de guerra; sabida la afición que se

ha despertado por construirlos; vulgar la creencia de que las naciones deben poseer muchos y bien acondicionados buques de esta clase, así como las fábricas y talleres necesarios para producir los elementos de su construcción. De extrañar será, por lo mismo, que nosotros al volver de Chatham y de Woolwich, donde con un ardor verdaderamente *vulcánico* se están haciendo á docenas, no participemos de esa febril ansiedad con que los hombres políticos claman porque todos los Estados de Europa como de América, medianos y pequeños, influyentes y retraídos, se provean de éstas fortificaciones flotantes, aunque para ello haya que distraer de la agricultura y de la industria, de la instrucción y del fomento públicos, los fabulosos capitales que se necesitan.—Hombre hay que considera inútiles todos los barcos conocidos ante la incognita fantasma de los que están en la mente del innovador; político conocemos que cree de buena fé en la necesidad de quemar nuestras naves, destruir nuestros astilleros, cerrar nuestras escuelas náuticas, deshacer nuestros diques y fijar exclusivamente la atención en las naves, astilleros, diques y escuelas donde se fabrican los barcos acorazados.

Mentira parece que el oropel deslumbró los ojos y el entusiasmo ofusque el entendimiento hasta el punto que en estas cuestiones lo vemos deslumbrante y ofuscador.

¿Que es un barco acorazado? (preguntamos nosotros) ¿Es acaso una invención tan nueva y tan extraña que no haya objeto humano con que pueda comparársele? ¿Es algo tan agudo y sutil que se resista al exámen filosófico, y sea menester juzgar de ello por impresiones? ¿Participa de tales cualidades técnicas, que el profano en las armas y en los mares no pueda juzgar de su presente ni prever tampoco su porvenir?—Meditemos un poco sobre esto.

El barco acorazado, ó como si dijéramos, el barco de la civilización, tiene su historia escrita en el hombre de la barbarie. Jamás se ha prestado al estudio un paralelo semejante al que ofrecen el hombre primitivo que pelea y el último barco que la ciencia ofrece al combate de las naciones.

Cuando los hombres pelearon por la primera vez, que fué sin duda á poco de encontrarse, uno fué el agresor, otro necesariamente el acometido. Desnudos ámbos, las manos hubieron de bastarles á este para detener la agresión, á aquel para herir con sus propias uñas á su rival. Viéndose herido, por ejemplo en el pecho, que es lo más presumible, arrancó cortezas de los árboles y se las colocó en el sitio flaco á guisa de coraza; lo cual visto por el agresor, le indujo acto continuo á cortar una rama del mismo árbol y sacarlo punta para poder taladrar con ella la coraza y el pecho de su contrario. Ineficaz entonces la corteza leñosa, el hombre de la defensa inventó cubrirse el pecho con fajas de pedernal entrelazadas en pieles de animales, y entonces asimismo el hombre de la agresión cambió la punta en porra, y contundió las carnes de su vecino. Agúzase el ingenio, el hombre trabaja los metales y se cubre de hierro; pero el que ántes atacaba coge tambien el hierro en forma de dardo, y asesta tiros eficaces al corazón del que nunca se creyó más seguro. Anda el

tiempo, y con él la industria de pelear, el guerrero lleva sobre la carne cota de malla, sobre la malla armadura, bajo la armadura piel; en las piernas botas escamadas, en las manos guanteletes, sobre la cara una reja, sobre el colodrilo crin: el cuerpo humano se hace invulnerable por el cuchillo, por la espada, por la lanza, casi por todo: y entonces, no un hombre, sino la necesidad, inventa la pólvora. Todavía el géniio de la defensa concibe nuevas industrias de seguridad, y viste de hierro al caballo, y redobla el grueso de la armadura, y funde el casco y los perniles, y las manoplas y la celada: presenta un blanco indestructible al montante, al hacña, al mosquete: el hombre del ataque se vé perdido en sus recursos, recibe ofensas y no puede contestarlas, es atacado á su vez y no puede defenderse: pero reflexiona, estudia, observa, y meditando los movimientos de su rival calculando su peso, deduciendo su resistencia, y sumadas las probabilidades de un ataque formal con las de un ataque estratégico, resuelve no enristrar la lanza, ni esgrimir el montante, ni encender el mosquete, sino otra cosa más óbvia y más ligera: ponerle una paja delante de los piés al adversario, hacerle caer y reirse á carcajadas de su impotencia.

Tal es la historia viva y clara de la guerra del hombre, desde el principio del mundo hasta nuestros días, en los cuales la industria, que ha llegado á una perfeccion asombrosa, el arte á un adelanto sorprendente, los recursos á una altura increíble, han venido á dar por término que el soldado de á caballo se quite el casco y la coraza para pelear, el granadero la gorra de pelo, el cazador las polainas, el general el sombrero y la espada; que se ponga sitio á las ciudades aproximando los cuerpos á sus muros, y por último, que se tomen las plazas fuertes con escalas de cordel y á la bayoneta.

Pues bien: el hombre que sabe perfectamente esta historia; el político que se rie de las costosas é inútiles evoluciones verificadas en los siglos bárbaros para conseguir fines que hoy alcanza un papel bien escrito; el filósofo que no concibe la ceguedad de una época en que se fiaba á la fuerza resistente más que á la fuerza de acción el triunfo de las ideas trascendentales; todos los que en mayor ó menor escala anatematizan con un libro en la mano los torpes recursos de la infancia del arte militar, son los que hoy, tratándose de barcos defienden lo teoría y realizan la idea de vestir primero al combatiente con cortezas de árbol; entrelazarle pedernales después; cubrirle de hierro más tarde pecho y espaldas; fundirle casco por último, y proveerle de calzas escamadas para las piernas, y guantes de doble acero para las manos, y crines para el colodrillo, y rejas para los ojos, y enorme peso por toda la circunferencia; olvidando la caza del elefante á quien el indio no persigue ya ni con dardo ni con lanza, sino cortándole durante el día el tronco donde ha de echarse por la noche, y viniendo después á cojerle en el suelo boca arriba é inerte abrumado por la pesadumbre de sus lomos y falta de juego en sus articulaciones.

Risa nos causaba á nosotros el asomarnos al puente del *Hércules*, de ese navío de 90 cañones que los ingleses construyen en Chatham; navío

todo de hierro que ha de montar máquina de 1,500 á 2,000 caballos, y llevará planchas exteriores de cinco pulgadas de grueso, alma de roble de cuatro piés y medio de espesor y otra plancha de cinco pulgadas detrás; monstruo famélico que se traga millones de reales como virutas de hierro arroja al construirle; creacion vertiginosa de la soberbia ó del miedo del hombre, que ambas ideas suelen ir siempre juntas, acordada para envalentonamiento de naturales y terror de extraños; enorme tributo pagado á la populacheria de los tiempos modernos, que exigen úteres á la mecánica y á la física y á la astronomía. como si la astronomía y la física y la mecánica fueran cosas de broma; titán de la marina militar inglesa, ideado para asombro del emperador de Francia, y apaga-bríos de los zuebos de Argel; pero titán de quien creemos firmemente, porque así lo dice la historia y la filosofía y el sentido común, que ha de poderse burlar en su tiempo un quechamarin de la matricula de Cataluña armado en corso.

Si es imposible que lo que fué mentira en el siglo X sea verdad en el siglo XIX; es imposible que á la astucia, á la pericia, al valor del hombre civilizado se opongan con ventaja el muro de hierro, el baluarte de los pinchos, el arriate de la mole de piedra. Ha pasado la ocasion y el lugar de encastillarse para reñir; hoy, á pesar de los Sebastopol y de los del cuadrilátero, se deciden las cuestiones en Inkerman y Solferino cara á cara cuerpo á cuerpo, con los despachos y notas primeramente, con la intervencion oficiosa después, con el paso de ataque y á la bayoneta en el último extremo. Figurarse que hay amalgama posible entre la franqueza de ahora y el monastiquismo militar de entonces es un disparate: creer que será más fuerte el que lleve más hierro es una inocentada.

Pero ¿es que se han vuelto locos ingleses, franceses y norte-americanos? ¿Es que nadie ve las cuestiones claras más que los que sostenemos esta opinion?—Lo primero es increíble; lo segundo sería harto soberbio. Debemos espicarnos.

Hay dos clases de naciones: las que van delante en el progreso del mundo y las que van detrás aprovechándose del progreso. Las primeras tienen ciertos deberes dispendiosos, por lo mismo que disfrutan de grandes ventajas satisfactorias, y entre esos deberes, de conveniencia además, es el mayor de todos no perder punto de cuanto pueda contribuir directa ó indirectamente á sostener la bandera del adelanto, que es á la vez la enseña del predominio. Si este adelanto es útil en su primer instante, las naciones favorecidas lo saborean primero como con indisputable razon les corresponde; pero si no produce frutos inmediatos si lejos de ello ocasiona molestias y sacrificios onerosos, las naciones favorecidas son tambien quienes exclusivamente deben sufrílos, que al fin, se llevarán la gloria del intento y los mayores productos del resultado.

La cuestion, pues, debe reducirse á punto de partida: ¿se trata de una nacion de primer orden? Entonces es preciso arrojarse ciegamente en el dedalo de los cálculos y proyectos extravagantes; emplear la fortuna hasta con la evidencia de que va á perderse; soñar con la acalorada fantasía de

los visionarios, y hacer creer que se participa su fé; deslizar en fin, la mano en el globo de las treinta mil bolas, por si se toca más tarde ó más temprano con el premio grande.—Pero ¿se trata de una nacion rezagada? Entonces el deber la conveniencia y hasta el cálculo exigen que se espere á pié firme el resultado de ajenas investigaciones; que se pesen con calma el bien y el mal que resulta á los otros en el confuso laberinto de sus proyectos; que se reciba, en una palabra, la leccion aprendida, pues si al cabo dirán que ellos la enseñaron, justo es no estudiarla sino con los puntos y comas puestos en su lugar.

Por otra parte las naciones saben anticipadamente cuándo y con quién han de combatir: las guerras no cogen de sorpresa más que al vulgo; y el hombre de gobierno, que tiene en la mano el timon de los intereses de su país, conoce bien las armas que le bastan para defenderse.—España, por ejemplo, ¿espera en este siglo una guerra marítima? De ningún modo. No es fácil hablar sobre estas cuestiones; pero el buen sentido del lector suplirá nombres propios y verá que los españoles no podemos tener guerra sino con enemigos débiles, á quienes dominaríamos de cualquier manera, ó con enemigos fuertes, en cuya tarea seríamos ayudados por el mar. Nuestra nacion, á quien han dado en llamar de memoria esencialmente marítima, no es en este siglo sino esencialmente terrestre: la marina española ha de ser abrigo y locomocion de nuestros soldados, pero no maquinaria de combate; el combate marítimo se lo disputaron exclusivamente tres pueblos de la tierra durante mucho tiempo; y los demás tendrán harto que hacer con sacar partido de estas luchas, y defender su inmovilidad con naves de trasportes y tropas de desembarco. Esto es lo cierto.

Hay, pues, naciones que necesitan oropel de armas, ruido de barcos y fantasma de fortalezas; pero es porque hay otras naciones que propenderían á arrancar el cetro de sus rivales desde el momento en que los vieran dormirse en la confianza de antiguo y consuetudinario poderío. Otros países mientras tanto necesitan equilibrar su poder con los que les son iguales ó inferiores en fuerza por idénticas razones de las dichas; pero de esto, que es lo razonable, á querer competir con quien posee un rango diferente en el órden gerárquico de los pueblos, media una distancia que la reflexion permite medir con claridad.

Dejemos á los pueblos privilegiados el costoso deber de derramar su hacienda en fábricas y astilleros fantasmagóricos. Más de dos millones de duros cuesta cualquier barco blindado: con esa suma se construyen próximamente tres fragatas de primera clase. El uso de aquellos es exclusivamente el de la guerra activa y de cañonazos; no el uso del respeto (porque hasta ahora infunden poco), no el uso del trasporte, no el uso del auxilio, no el uso de la defensa pasiva: horadar ó ser horadado, hé aquí el uso probable de estos monstruos. En cambio las naves regulares perfeccionadas; esas naves que cortan la distancia con celeridad, que llevan las provisiones en gran número, que conducen las tropas con holgura, que defienden los intereses con eficacia, que enseñan el pabellon con prontitud, que abrigian al comercio con pa-

terral interés,—esas naves ni son viejas ahora, ni lo serán nunca; ni son débiles al presente, ni lo serán tampoco en el porvenir.

No nos oponemos á que nuestra patria cuente, como cuenta ya, con elementos para formar dentro de poco una escuadra á la moda: ni cómo habíamos de oponernos si la corriente arrastra y el patriotismo aconseja no quedarse atrás en la duda de si se anda? Pero á lo que tienden estas observaciones, salidas de poco autorizado conducto, mas no de ligera impresionabilidad, es á dar la voz de alerta ante un escollo en que pueden tropezar y estrellarse los más rectos propósitos, á distraer la fortuna pública de una sima donde se están hundiendo los tesoros de naciones poderosas, á destruir la errónea creencia de que muchos cañones grandes y muchos barcos de hierro empujarán á España en su rápido camino de progreso, pues á brigamos la convicción, por el contrario, de que España correrá su admirable y progresiva carrera con muchos cañoncitos como los que de Trubia hay en la Exposición de Londres, y con muchas fragatas de roble como las que diariamente se desprenden de nuestros arsenales.

Desearíamos hallar oposicion á estas doctrinas.

CRÓNICA.

Para la plaza de médico del Colegio de sordomudos, que estaba vacante por fallecimiento del Dr. D. Bernardo Quijano, ha sido nombrado el Dr. D. Basilio San Martín, médico de la Real familia.—**Para la de médico primero agregado de la Beneficencia de Zaragoza,** D. Simón Moncin, que lo es segundo, y se anunciará la vacante que este deja.—**Para la de primer médico agregado en Huesca,** á D. Manuel Romero; segundo, don Anselmo Llanas, y cirujano, D. Lorenzo Casaz.

Está terminada, y se ha entregado á la Escelentísima Junta provincial de Beneficencia de esta corte, la casa de Maternidad que se ha construido de nueva planta en la calle del Meson de Paredes. Aunque no reúne todas las condiciones que requiere un establecimiento de esta clase, es bastante bueno comparado con lo que existía en la capital de la Monarquía para el refugio de embarazadas, y puede hospedar cómodamente á más de 100 mujeres.

Han terminado los ejercicios de oposicion para proveer las dos cátedras de medicina legal que había vacantes en las Universidades de Granada y de Santiago, y han sido propuestos por el tribunal los Dres. D. Teodoro Yañez y D. Jesus Varela de Montes.

Se ha determinado por la Direccion general de Sanidad militar, que el jefe de sanidad de las islas de Fernando Póo sea en adelante un primer ayudante, el cual ha de permanecer en su destino tres años. Sabemos que ya se ha circulado esta determinacion entre esta clase de profesores para que lo soliciten los que gusten, aunque en vista de no ser muchos los que lo desean, es posible recaiga el nombramiento en un amigo nuestro, joven de buenos y reputados conocimientos y que lleva ya seis ó siete años en el cuerpó.

Pendientes de superior resolucion algunas dificultades presentadas por diferentes corporaciones al cumplimiento cabal del Real decreto de 13 de mayo sobre el servicio médico-forense, nos abstentemos de ocuparnos de ellas por ahora públicamente, esperando no solo poderlo hacer en breve, sino reclamar razonadamente las modificaciones que para el buen servicio público juzgamos necesarias, y muy principalmente las que hagan relacion con la significacion, dignidad y carácter propio de los consagrados á su desempeño. Esperamos que para entonces nuestros compañeros de provincias nos harán noticiosos de todo lo que en su distrito juzguen necesario sea conocido, para someterlo al estudio y consideracion de quica corresponda, que no es conveniente permanezcamos apáticos suponiendo que en lo hecho no cabe perfeccion, cuando hasta en nuestras Antillas ha resonado el eco de esta organizacion y despedido con razon el celo y actividad de los profesores.

Muy á tiempo nos ha sido remitido por don Julian Herrero el artículo que tenemos el mayor gusto en publicar, cabalmente cuando lo hacemos con el de la vindicacion de las obras del Dr. Mata. Los que piensan que las nuevas doctrinas no tienen eco, los que las juzgan peligrosas, los que torcida ó maliciosamente las inmisculan con cuestiones puramente abstractas de reigion, de fé y ciencias, arrepentirse deben de su modo de pensar al leer los francos y característicos escritos de maestros como el Dr. Mata, y discípulos de tanta talla como el Sr. Herrero. Cuando una doctrina nace y cunde dentro y fuera con rapidez pasmosa, cuando respeta de lo pasado lo justo y compatible con las verdades sobre que ella se basa, cuando maestros de alto nombre la sostienen y perfeccionan, cuando á ella asocian su opinion hombres inteligentes y brillantes entre los médicos de partido que no se duermen ante las luces del progreso, cuando la juventud toda la abraza sin reservas y espontáneamente protesta contra injustos é intencionados ataques dirigidos á la doctrina y al maestro, cuando hay parte de la prensa que la acoge y la defiende, que la propaga con profundas convicciones y verdadero entusiasmo, la doctrina debe valer algo más que el fanático desprecio con que la miran sus opositores. Antes que el amor á los sistemas está el amor á la verdad: el amor á la opinion de antiguo arraigada ofusca muchas veces para dejar ver claramente la razon; pero no pocas dejatambien descubrir las mañas de la intencion para que la verdad deje de verse, aprovechando la timidez de algunos caracteres, y la facilidad con que se sacrifican las ideas á las utilidades por muchos de los que de aquella carecen.

El Excmo. Sr. Dr. D. Ramon Frau, catedrático que fué de la Facultad de medicina, consejero de Instruccion pública y diputado á Cortes, legó á las clínicas de la Facultad, para que se invirtiera en ropas de cama para los enfermos, la cantidad de cinco mil reales, que sus testamentarios han entregado al director de clínicas. Estos legados, así como los instituidos para premios, como el que por valor de cinco mil duros en papel de la denda ha dejado á la Academia de medicina el Sr. Alvarez Alcalá, no solo honran la memoria de los que

vivieron para la humanidad, sino que despiertan con su ejemplo el sentimiento de caridad y filantropía entre los que en vida pueden repartir con su fortuna á las clases desgraciadas el hermoso bálsamo santificado de la donacion y la limosna.

VACANTES.

DIRECCION GENERAL DE BENEFICENCIA Y SANIDAD.

Negociado 2.º

Resultando vacante una plaza de médico agregado en la Beneficencia provincial de Zaragoza, dotada con el sueldo anual de 3.750 rs., se pone en conocimiento del público, en cumplimiento de lo prevenido en el Reglamento de 30 de junio de 1858, á fin de que los doctores ó licenciados que deseen obtenerla presenten solicitudes, acompañadas de una relacion de sus méritos y servicios, en esta Direccion general dentro de los 15 dias siguientes al de la publicacion de este anuncio.

Madrid 10 de noviembre de 1862.—El director general de la Beneficencia y Sanidad, Tomás Rodríguez Robí.

Villar del Rey (Badajoz). Se halla vacante la plaza de médico-cirujano titular de esta villa: su dotacion de propios consiste en 2.500 rs. anuales, que se le pagan por trimestres vencidos, y además disfrutará el profesor agraciado 7.500 rs. por razon de iguales, de que le responderá cierto número de vecinos por medio de una obligacion privada, para que el facultativo perciba un total de 10.000 rs., sin quebranto alguno. Los que gusten aspirar á dicha plaza dirijan sus solicitudes á esta alcaldía en el término de treinta dias, al cabo de los cuales será provista.

Cañaveras (Cuenca). Médico-cirujano titular. Desde 1.º de enero de 1863 se hallará vacante dicha plaza, en el partido judicial de Priego: consta de 300 vecinos y está dotada con 8.800 rs. anuales, pagados por trimestres vencidos. Los aspirantes dirijan sus solicitudes al presidente de este ayuntamiento dentro de los 15 dias contados desde que aparezca inserto este anuncio en los periódicos de la facultad.

Santiago de Calatrava (Jaen). Médico y cirujano; la dotacion del primero 6,588 rs., la del segundo 4,392 rs.; si el profesor reuniese ambas facultades, su dotacion será 10,980 rs. pagados 3,800 rs. del presupuesto municipal, y los 7,180 restantes de iguales. Las solicitudes hasta el 22 de diciembre.

Belver de Cinca y tres anejos (Huesca). Médico; su dotacion 8,000 rs. pagados por los vecinos. Las solicitudes hasta el 31 de diciembre.

Torremoncha del Campo y seis anejos (Guadalajara). Médico; su poblacion 300 vecinos; su dotacion 280 rs. de fondos municipales por asistir á 13 pobres y 300 fanegas de trigo pagadas por los pudientes.

Arguedas (Navarra). Médico, por traslacion del que la obtenia al partido de la villa de Valterra; su dotacion anual es la de 8,000 rs. vni., cobrados por trimestres y pagados por el ayuntamiento. Las solicitudes se dirijan á la secretaría del ayuntamiento, por término de 30 dias contados desde la fecha. Arguedas, 20 de noviembre de 1862.—Por acuerdo del ayuntamiento, Francisco de Masso, secretario.

Morata de Tajuña (Madrid). Cirujano, por renuncia del que obtenia esta plaza, dotada con 6,000 rs. anuales; 1,000 rs. satisfechos de fondos municipales por la asistencia á los pobres clasificados por el ayuntamiento, y los 5,000 rs. restantes pagados por iguales entre los vecinos no pobres, los que se distribuirán por los mismos

equitativamente con arreglo al convenio que tienen celebrado entre sí, sin que sea de cuenta del profesor su recaudación. La población es de 627 vecinos, es de buena posición topográfica, hay un médico titular; y el profesor de cirugía tiene, además de la dotación indicada, los productos de los partos para que fuere llamado. Las solicitudes documentadas se dirigirán en forma al señor presidente del ayuntamiento, dentro del término de un mes, á contar desde esta fecha, pasado el cual se procederá á la elección en el que reuna mejores cualidades de aptitud. El contrato que se celebre no tendrá fuerza legal hasta que merezca la superior aprobación. Morata de Tajuña, 26 de noviembre de 1862.—El alcalde, Guzman de Cuevas.

Orisoain (Navarra). Médico-cirujano, su dotación anual 14 000 rs. cobrados por el ayuntamiento y entregados al profesor en fin de setiembre de cada año, libres de toda contribución. Los aspirantes dirigen sus solicitudes hasta el 15 del corriente, en que se proveerá la vacante con sujeción al pliego de condiciones aprobado por el Gobierno de provincia. Se advierte que hay dos ministrantes para ayudar al profesor.

Sartaguda (Navarra). Médico-cirujano, su dotación 9 000 rs. al año pagados por el ayuntamiento, habitación y libre de toda contribución y del ejercicio de la cirugía menor que está á cargo de un ministrante. Los aspirantes presentarán sus solicitudes hasta el 15 del corriente en que se proveerá la plaza con sujeción al pliego de condiciones aprobado por el ayuntamiento.

Cañaverall (Cáceres). Médico-cirujano su dotación 4.000 rs. pagados del fondo municipal por asistir á los pobres y actos oficiales, y además las iguales con los pudientes que ascenderán á 8.000 reales. Las solicitudes hasta el 22 del corriente.

Jaraicejo (Cáceres). Médico-cirujano, su dotación 1.400 rs. por asistir á los pobres y casos de oficio, y además las iguales con 312 vecinos. Las solicitudes hasta el 15 del corriente.

Grajal de Campos (Leon). Partido de Sahagun, población de 340 vecinos, con estación sobre el ferro carril de Palencia á Leon: se halla vacante la plaza de médico-cirujano, dotada para la asistencia general del vecindario en ambos ramos con 10.000 rs. anuales pagados por trimestres, cobrando además dicho facultativo, según costumbre, la asistencia á partos, honorarios en los casos de mano airada y otros análogos, pudiendo salir á apelaciones y contratar clientela con los pueblos circunvecinos, que son de alguna importancia, sin perjuicio de la asistencia del vecindario, y á condición de no pernociar fuera de él sin permiso de la autoridad. Los aspirantes que deseen informarse de las ventajas que ofrece este partido pueden dirigirse al que últimamente la obtiene D. Francisco Siro y Ruiz, agraciado con la forense y titular de Vilafranca de Bierzo, y mandarán sus solicitudes al presidente de este ayuntamiento en el término de 20 días.

ANUNCIOS.

MANUAL DE ANATOMÍA PRÁCTICA, por don Ramon Mosquera Losada, licenciado en medicina y cirugía, ayudante disector del anfiteatro anatómico de la facultad de medicina de Santiago, etcétera, etc. Obra inédita, publicada bajo la dirección de D. Adolfo Moreno y Pozo, tercer ayudante disector interino, y alumno de quinto año de la facultad de medicina de la Universidad central.

Conocida es la necesidad que tenemos en España de una obra original de este género, que llenara el vacío que se notaba tanto tiempo hace en esta materia tan importante.

Tanto los hombres que llevan muchos años ejerciendo la medicina y cirugía, cuanto los jóvenes que empiezan ahora sus estudios, creemos que han de hallar en este libro lo que necesitaban para

profundizar sus estudios en la estructura interior del cuerpo humano, y por lo tanto abrigamos la esperanza de que unos y otros nos han de dar las gracias porque le hemos publicado.

Esta obra forma un tomo en 8.º prolongado de 244 páginas.

Se vende en Madrid, en las librerías de Cuesta, Carretas, 9; Moya y Plaza, Carretas, 8; Duran, Carrera de San Gerónimo, 8; Publicidad; Pasaje de Matheu y Lopez, Cármen, 29.

En provincias en casa de los corresponsales del Centro general de Administración, ó bien dirigiéndose por medio de carta franca, al Centro general de Administración, San Agustín, 12, segundo derecha, incluyendo el importe en libranzas del Tesoro ú otras de fácil cobro.

Precios: en Madrid 19 rs. En provincias, franco de porte, 22 rs.

LECCIONES ELEMENTALES DE QUÍMICA GENERAL,

PARA USO DE LOS ALUMNOS

de medicina, ciencias, farmacia, ingenieros industriales, agrónomos, de minas, etc.

Por D. Ramon Torres Muñoz de Luna,

Catedrático de química general en la universidad de Madrid.

Obra indispensable, no solamente á los alumnos de medicina, sino á todos los facultativos españoles.

Dicha obra se compone de dos voluminosos tomos con más de 100 grabados intercalados en el texto: se vende á 60 rs. en las librerías de Bayllilliere, Moro y D. Leocadio Lopez.

La obra consta de dos tomos de más de 900 páginas.

TRATADO DE PATOLOGÍA GENERAL extractado de las mejores obras y arreglado bajo un método sencillo para instrucción de los jóvenes que se dedican á su estudio, adornado con un apéndice de ideología clínica, y modo de redactar historias. Obra que se halla al nivel de los conocimientos actuales y es de absoluta necesidad á los alumnos que se dediquen á los estudios médicos; escrita por el licenciado en medicina y cirugía D. José Genovés y Tió.

Esta obra, que forma un tomo en 8.º mayor ó prolongado de más de 200 páginas, se vende únicamente en casa de su autor, que habita en la ciudad de Almansa, correspondiente á la provincia de Albacete. Por lo tanto las personas que gusten hacerse con ella, podrán remitir, á nombre del mismo, una libranza de 42 rs. ó 25 sellos de franco, de á cuatro cuartos, con cuyo requisito les será remitida, franca de porte, por el correo.

ENSAYO TEORICO PRACTICO SOBRE LAS resecciones subperiósticas, por el Dr. D. Juan Creus, catedrático de operaciones de la Facultad de medicina de Granada.

Un tomo en 8.º español, con una preciosa lámina litografiada con dos colores, que representa el resultado de una operación hecha por el autor.

Se vende á 16 rs. en la librería de Bailly-Baillière, y en la de D. José María Zamora, en Granada: se remite franco de porte á todo el que le pida incluyendo una libranza de 18 rs. á favor del autor.

TRATADO SOBRE EL CULTIVO DE LA VIDA y la elaboración de los vinos; por el doctor en farmacia don Quintín Chiarlone. Tercera edición.

Agotados los ejemplares de las anteriores ediciones, nos hemos visto obligados á reimprimir esta obra, y vista su aceptación hemos empleado buen papel y elegantes tipos, sin aumentar por esto el precio.

A petición de varios cosecheros se ha añadido un capítulo en que se trata de las mejoras de los mostos y vinos, del método seguido en Jerez y en

Tokay para la plantación de las vides y del medio empleado en Andalucía contra el oidium. Se inserta además por Apéndice el artículo que ha publicado en el periódico *La Iberia* el cosechero Sr. Lafuente, quien con hechos prácticos ha venido á justificar las teorías sentadas en este libro.

Se halla de venta en casa del autor, plaza de Isabel II, núm. 5, botica, al precio de 10 reales en Madrid y 12 en provincias franco de porte.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS MEDICAS.

CLINICA MEDICA DEL HOTEL-DIEU DE PARIS, por A. Trousseau,

Catedrático de clínica médica de la Facultad de Medicina de Paris; médico del Hotel-Dieu; miembro de la Academia Imperial de Medicina; comendador de la Legion de Honor; gran oficial de la orden del Leon y del Sol, de Persia, ex-representante del pueblo en la Asamblea nacional, etc., etc.

VERTIDA AL CASTELLANO

por D. E. Sanchez y Rubio,

Licenciado en medicina y cirugía, premiado por la Facultad de Medicina de Madrid.

Traducción esclusiva, con arreglo al tratado de propiedad literaria entre España y Francia.

Ha terminado la publicación de esta importante obra, que consta de dos tomos: el 1.º de 934 páginas y el 2.º de 952, en 4.º español, impresión compacta y esmerada.

Se vende á 92 reales en la administración, calle de la Union, núm. 1, 3.º izquierda, y en las librerías de Bailly-Baillière, plaza del Príncipe D. Alfonso; Moya y Plaza, calle de Carretas y D. Leocadio Lopez, calle del Carmen.

Desde 1.º de febrero de 1863 se venderá y cien reales

Las letras, libranzas ó cartas órdenes dirigidas desde provincias á la administración, se extenderán á favor de don Eduardo Sanchez y Rubio.

OBRAS PUBLICADAS.

HIGIENE TERAPEUTICA ó

Aplicación de los medios de la higiene al tratamiento de las enfermedades, por M. Ribes (de Montpellier) traducida, anotada y adicionada por D. Pedro Espina, médico numerario del Hospital General de Madrid.—Un tomo de 784 pág. 44 rs.

De las metamorfosis de la sífilis. Investigaciones acerca de las enfermedades que la sífilis puede simular y acerca de la sífilis en estado latente, por Próspero Yvaren. Obra precedida del Informe que motivó en la Academia Imperial de Medicina, y traducida, anotada y adicionada por D. José Anetler.—Un tomo de 569 pág. 36 rs.

Tratado de química patológica.

Aplicada á la medicina práctica, por Alf. Becquerel y A. Rodier, traducido por D. Teodoro Yañez y Font, doctor en medicina y cirugía, ayudante de medicina legal y de toxicología.—Un tomo de 592 páginas. 36 rs.

Historia médica de la guerra de Africa, por D. Antonio Poblacion y Fernandez, segundo ayudante del Cuerpo de Sanidad militar, etc. Un tomo de 236 páginas. 12 rs.

La campaña de Marruecos.

Memorias de un médico militar, por D. Nicasio Landa.—Un tomo de 296 pág. 20 rs.

Véndense estas obras en Madrid en la administración, Union, 1, tercero izquierda, y en la librería de Bailly-Baillière.

Por todo lo no firmado, el secretario de la Redacción.
Manuel L. Zambrano.

EDITOR RESPONSABLE, D. PABLO LEON Y LUQUE

Madrid: Imp. de Manuel Alvarez, Espada 6.